

EL
PONTIFICADO Y PIO IX.

(APUNTES HISTÓRICOS)

POR

ALEJANDRO SAWA MARTINEZ.



MÁLAGA.

Imprenta del Centro Consultivo,

Ancha Madre de Dios, 9

1878.

El inspirador
so artista, un
distinguido amigo su
Franco Olbr.
Señor una mujer a otra
- "¡chica, tu metió a malos!" - "Como es
tan los tiempos - sa metió a malos!" - "Como es
la interpelada - sa metió a malos!" - "Como es
hizo por una buena cuando apenas tenía 16 años
por evoluciones dolorosas de un tumor de
a la triste situación se veía con tumor de
mi parado. Esta obra me inspira subores inoperables
casa sin mas cosas y severos. Al trazo grande de
- y en esta obra ofrece una promesa grande de
amistad. No tengo otra cosa por decirte
mi familia. Acepte lo que es
morir en estos días y con un
admiración y con un
de estos días y con un

Ulysses
19-8-81

A EL EXCMO. E ILMO. SR. DR.

D. ESTEBAN JOSÉ PEREZ Y MARTINEZ FERNANDEZ

ARZOBISPO DIMISIONARIO DE TARRAGONA

OBISPO DE MÁLAGA.

Conocido es de cuantos por la importante salud de V. E. I. se interesan, el inmenso dolor con que acojisteis la muerte del eminente Pontífice Pío IX, dolor que os retuvo postrado en el lecho durante un espacio de tiempo suficiente para cicatrizar en parte las heridas que en el católico y sincero corazón de V. E. I. se produjeron, por la brusca impresión que tan imprevisto y fatal suceso causó en sus arraigados sentimientos de cariño hacia la tradicional Silla que en medio de la aprobacion universal ocupa nuestro venerable Gerarca Leon XIII.

Grandes son, Excmo. é Ilmo. Sr., las pruebas que en todas las épocas de vuestra laboriosa vida habeis ofrecido de veneracion, respeto y simpatias hacia la gloriosa causa del Pontificado que tan dignamente se centraliza en Roma, y no menos vuestros eminentes servicios, vuestros enérgicos auxilios, vuestra distinguida cooperacion en todo lo que redunde en beneficio de la santa, bendita y sublime religion predicada por Cristo, cuyas doctrinas á despecho de la impiedad y el descreimiento son indestructibles, sobre todo si cuenta entre sus defensores ánimos tan esforzados como el que V. E. I. ha demostrado tener en multitud de ocasiones que os honran sobremanera, ya como apóstol de Dios, ya como sacerdote de nuestra Iglesia, ó como componente ó ser de nuestra sociedad.

Grave, trascendental y elevada es la mision que V. E. I. representa en el seno de esta católica poblacion; grandes las can-

tidades de servicios que á la sacrosanta causa de nuestras ideas habeis prestado; enorme el guarismo de gloriosos hechos que para su progresivo é infinito crecimiento habeis generosa y desinteresadamente presentado; grande vuestra reputacion en las filas de los prosélitos del Catolicismo y sublime el evangélico deber que vuestra elevada condicion eclesiástica os prescribe y que vos con tanto acierto ejecutais.

A quién pues mejor debo dedicar estas misticas páginas de luto, esta insignificante cansion fúnebre, que al que con tanto lujo de manifestaciones intimas, se ha asociado y asocia al llanto universal que los fieles todos del Universo exhalan por la muerte del venerable Pastor de los pastores, del inmortal Pio el Grande?

A nadie seguramente, y ésta es la causa Excmo. é Ilmo. Sr., unida á mi respeto y sumision hácia su sagrada persona, de que le dedique este interminable sollozo, esta adulterada emanacion de mis sentimientos que por acomodarla al prosaismo de la vida titulo EL PONTIFICADO Y Pio IX.

Así pues, Excmo. é Ilmo. Sr., admitid como humilde prueba de mis simpatias hácia todo lo sagrado, este modestísimo trabajo del que es admirador vuestro y paladin aunque débil de la causa del Pontificado; admitidlo y quedarán satisfechas todas las aspiraciones de vuestro hijo en Cristo

Q. B. S. A. P.

Alejandro Sawa Martínez.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Dos fuerzas á cual mas poderosas, han obligado á mi pluma á que se eleve á regiones mas elevadas que la del reducido círculo en que se agita, cantando *hossannas*, entonando entusiastas trobas de admiracion al santo y justo antecesor del ilustre Leon XIII; fuerzas tan poderosas de suyo, que venciendo, dominando mi pusilanimidad literaria, han hecho desprenderme de una modestia, necesaria, dada mi insignificancia, que me acobarda en medio del raudal de pensamientos que determinados actos producen en mi ánimo, y que en caso contrario no me hubiera determinado á darles publicidad; estas fuerzas que mejor podemos llamarle sentimientos, han sido la de pagar un justo tributo al que tantos bienes nos regaló generosamente, y dar un mentis, hacer una sucinta impugnacion á las infinitas patrañas que automáticamente aprende ese grande y generoso pueblo, al que tan mal se comprende, y por cuyos sagrados intereses y aspiraciones deben cuidar todos los que de escritores se precien, ya que los que entran en el estatuto de sus deberes el ejecutarlo, tan poco se preocupan de su porvenir.

Omito creo manifestar que éste no es mas que el de la humanidad; velando por los intereses del pueblo, velamos por la humanidad presente y la futura; proclamando sus derechos—que no son otros mas que los nuestros—enseñámosle á mostrarse agradecido á los filósofos é innovadores á quienes se los deben, y al mismo Dios que como síntesis, alfa y omega, principio y fin de todo lo creado y de las producciones de lo creado, iluminó á estos estadistas, á estos apóstoles de la Sociedad, haciéndoles concebir sus concepciones que forman seguramente época en la vida de los pueblos; ilustrándole privámos á el centro en que nos agitamos de hecatombes sangrientas y actos dictados por el embrutecimiento y la barbárie; mos-

trándole el lugar del mal, del error y de la mentira, y haciéndole ver las consecuencias que de prestarle acogida provienen, lo santificamos, y nos hacemos cada vez mas dignos de llegar á ese progreso indefinido, aspirada meta de nuestros constantes deseos, cuyo punto seguramente no se podrá alcanzar, al no ser que sea caminando por las vías morales, por las vías de la justicia, y sobre todo, por las de la religion, que reasume en sí todas las conclusiones que del progreso podamos entresacar, porque en último resultado, ella es, ó debe ser, la fuerza motriz que nos impulsa, que nos anima, que nos empuja, que coloca en nuestros corazones y en nuestras inteligencias, todo lo que sea perfeccion, adelanto, cultura, ilustracion, y en general progreso humano; no se puede concebir un pueblo culto, sin ser religioso, como no se puede concebir un pueblo que viva, que lata, que exista compuesto de escépticos; son dos principios que se contradicen, son dos fuerzas que se destruyen y aniquilan.

Por desgracia, ese mismo pueblo de que nos ocupamos permanece sumido en las espesas nieblas de la ignorancia; la primera condicion de esta es la credulidad, pero la credulidad excesiva, la credulidad que no nace del juicio ni del análisis, sino una credulidad inconsciente que le obliga á dar por hecho, á admitir como inconcuso axioma todo lo que oye y lee, todo lo que sus instintos, mas bien que su inteligencia, aprende y retiene en sus celdillas para darles aplicacion práctica; y de aquí nace el lamentable estado de degradacion moral en que se encuentra encharcado; y no es esto solo; predispuesto á sustituir todo lo que alaga mas sus inclinaciones y su propension, todo lo que aparentemente satisfaga sus deseos, se afilia de corazon y decidido á todas las sectas y doctrinas que reúnan estas condiciones, sin presumir que no todo lo que reluce es oro, ni todo lo aparentemente excelente, bueno; y como en virtud de su propia ignorancia carece de ese tacto especial que con mas ó menos ventura poseemos y que nos coloca en paralelo, nos separa segun el recto criterio de una sana lógica, el bien del mal y el error de la verdad, de aquí nace el que, por lamentable egoismo, siente plaza entre los corifeos de principios que apenas conoce, y que como natural consecuencia de esto, conquiste con la tortura de su conciencia,—si es que esta se vé esclarecida por la sapientísima mano de la Divinidad,—la corrupcion intelectual de su patria.

Estoy seguro, completamente convencido, de que si amonestais á un hijo del pueblo por la exageracion de sus ideales, ó

si procurais encontrar la razon de ser que tiene para su filiacion en los diversos ramos políticos y filosóficos que nos dividen, os responderá con irrisoria candidez diciendo «que porque lo ha leído, ó porque se lo han dicho, ó porque lo juzga oportuno para su bienestar»; probadle la ineficacia practica y la deformidad teórica de sus ideas, y completamente satisfecho, os contestará prometiéndos dar de baja su conciencia en la aceptacion de estas teorías, á las que por irreflexivo espíritu de innovacion y de egoismo, se habia entregado por completo.

No sé porque misteriosa conformacion de nuestro ser, nos mantenemos siempre mas propensos á dar abrigo á todo lo que sea misterioso, nuevo, estrambótico, original, simbólico, á todo lo que afecte mas nuestra fantasía tal vez cansada del rutinarrismo de las religiones positivas, á todo lo que, en una palabra, ofrezca mucho oropel, muchos colores llamativos, mucho aparato, sin parar mientes ni por un instante, en que, á través de aquel ficticio cuerpo de doctrina, se deja entrever la falsía, la corrupcion y la mentira y con ella la muerte moral del mundo; no quiero por temor de lastimar susceptibilidades, citar nombres ni hacer referencia á qué clase de ideales me refiero; supla la perspicacia del lector á el justo temor que abrigo de ser descarnado en mis ataques á instituciones que por muy falsas y erróneas que sean, deben merecer y merecen nuestro respeto, pues de lo contrario caeriamos en el lamentable error de profanar el libre albedrío de la entidad humana, esa gloriosa conquista de nuestro naciente progreso.

El temor, pues, de que se propaguen por entre las cándidas masas que á todo muestran asentimiento, las infinitas patrañas, los criminales libelos, las rencorosas anécdotas que sobre Pío IX cunden conducidas por el vehículo de la prensa, de la palabra y hasta de la cátedra, me obligan bien á pesar mio, á romper el silencio que mi humildad de fuerzas intelectuales me imponen, y á dar como he dicho antes, un sonoro mentis á los adulterados hechos que en lábios del vulgo corren, sobre la vida del que lo fué durante su apostolado santísimo del mundo, sobre el venerable Pío el Magno.

No se me oculta ciertamente, no soy el llamado, dada mi insignificancia, á romper lanzas en un torneo, donde la bondad de la causa que defiendo me anima, pero donde mis escasísimos conocimientos me confunden; bien comprendo que existiendo plumas tan potentes en España como las de los eternos paladines de la justicia que en ella existe, se presenta hasta cierto punto injustificada mi mision; pero el sentimiento de jus-

ta indignacion que en mí se operaron por los agresivos ataques de que ha sido victima el santo antecesor de nuestro amado Leon XIII, el afan de arrebatár de las mentes de los superficiales que todo lo acogen con igual beneplácito, las inmundas historietas que los destructores de la armonia social han dado en cundir, hacen que, olvidando todas estas causas, me presente audazmente ante un público á quien por vez primera me dirijo, suplicándole haga abstraccion completa de mi humilde personalidad en esta trascendental cuestion, y que supla á las bellezas de la diction y del fondo, la buena y decidida voluntad que durante su desarrollo me ha animado; es una súplica indispensable en todo prólogo, y doblemente mas indispensable en el mio, que ha de servir de presentacion á mi desconocido y humilde nombre en un mundo que desde luego reconozco no debe ser profanado por el que, como el que estas lineas escribe, ningun título le asiste, ninguna autoridad le recomienda para comulgar con la hóstia de las ideas ante el altar de la Literatura y la Ciencia, esas dos hermanas gemelas que nos ennoblecen.

Sincerado así mi proceder y convencido de que atendiendo estas causas atenuantes los modernos Zoilos y Aristarcos suspenderán sus juicios sobre este insignificante trabajo, nada mas debo dejar manifestado en este prólogo—que como la mayor parte estará destinado á no ser leído—que concluir repitiendo lo manifestado anteriormente con respecto á la benevolencia de un público en cuyos brazos por primera vez me entrego.

EL PONTIFICADO Y PIO IX.

Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.

(San Mateo cap. XVI v. 18.)

Pedro iba á Roma á proclamar al Dios único, al Dios casto, al Dios justo, al Dios misericordioso y compasivo, al Dios terrible, al verdadero Dios. Iba á establecer la humildad en ese reino del orgullo; la pureza en ese centro de la lujuria; la libertad cristiana en ese infierno de la tiranía. Iba á llevar la familia con la indisolubilidad del lazo conyugal y el respeto á la vida de los hijos; iba á restituir al esclavo su cualidad de hombre añadiéndole la dignidad de hijo de Dios; iba donde estaba el imperio de Neron á establecer el imperio de Jesucristo.

(Louis Veuillot.—Refutación de algunos errores sobre el Pontificado.—Cap. I. párrafo tercero, pag. 36.)

I.

Empresa harto difícil y sobre difícil espinosa, el ocuparse con la extensión que la gravedad y trascendencia de los actos requieren, de esa funesta noticia que como incendiaria bomba en repleto polvorín á venido á avivar extraordinariamente el fuego con que en la actualidad arde nuestra vieja Europa y á fomentar la irresistible corriente de las pasiones que ahora como siempre se pondrán en juego ofreciéndonos el amargo é irrisorio espectáculo de naciones que proclaman la fraternidad humana, naciones que vociferan en libros y tribunas los sarandeados derechos del hombre, naciones que se llaman cultas y civilizadas, que invocan al progreso, que hablan de fraternidad, que mófanse soberbias de los bárbaros derechos de sangre y de conquista, disputarse para conservar eso que llaman *equilibrio europeo* los estados entre sí, ó batirse arteramente, bien por procedimientos diplomáticos, bien por procedimientos militares, por que empuñe el sagrado báculo de Pedro el pescador candidatos nacidos en las respectivas naciones que entre sí disputan este honor que me permitiré calificar de *egoísta* y hasta de *ignorante* pues tal vez desconocen que el Sacro colegio al reunirse en cónclave hace abstracción completa de

eso que se llama *animosidad* ó *espíritu de partido* para inspirarse tan sólo en el buen resultado del objeto de su congregacion y de consiguiénte en la buena eleccion del presunto Papa, sin pararse en la nacionalidad de éste, ni en sus antecedentes ó ideales políticos.

La gravedad de los sucesos porque atravesamos no se oculta ciertamente á las miradas del mas profano en los sucesos europeos; la importancia histórica y social de los actuales momentos de regeneracion creo ocioso el esponerla; solo me contentaré con hacer una aclaracion; si la guerra europea aivada con la muerte del Pontífice cuya perdi la lloramos, es inevitable, solo preveo, mejor dicho, solo distingo en el cargado horizonte de nuestro porvenir dos situaciones á cual mas horribles; el gobierno despótico, altanero, insufrible de esas dos naciones, ocultas por su poquísima importancia histórica hasta ahora, llamadas Alemania y Rusia sobre los demás estados europeos que harán el papel de sumisas ovejas, ó la desmembracion, la ruina, la desaparicion parcial de nuestro continente en la esfera de la civilizacion para ceder su glorioso puesto á otras naciones que reunan más títulos de juventud y adelanto, tal vez á la jóven América que codiciosa recoge sin cesar lauros y semente de vida, pero de verdadera vida, para concurrir y disputar en el certámen que en determinadas épocas abre la sapientísima mano del Creador al gran premio que le valió en un tiempo á la legendaria Asia marchar al frente de todos los pueblos, que más adelante recogió aunque por poco tiempo la embrutecida Africa, y que hasta ahora hemos venido conservando nosotros, por mas que á fuerza de tanto tiempo y de tanto alarde se haya deteriorado visiblemente su constitucion intima, hasta el punto que hace temer por su corta duracion si manos maestras no saben modificarlo y si sábios moralistas—médicos los mas indispensables para estos casos—no saben atajar convenientemente los progresos de ese mal que poco á poco vá presentando caracteres patológicos mas extremos hasta el punto de que por no pecar de pesimistas no nos atrevemos á declararlo desahuciado.

La situacion de Europa pues, no puede ser mas fatigosa; es una situacion parecida á la del enfermo que le quedan pocas horas de vida ó á la de la luz próxima á extinguirse; muchas esperanzas y proyectos, grandes llamaretadas, y despues... nada; la inapetencia del agonizante, el estertor del moribundo, los fúnebres tañidos de las campanas que con sus lenguas de bronce despiden al mundo que se vá y anuncian al que viene.

Solo faltaba la fatal llegada de la paloma que conduciendo en su pico no el ramo de oliva de la paz sino el fatal signo de la lucha, viniese á embarazar la pesada marcha de los sucesos de suyo difíciles, á terminar de llenar una copa que solo átomos le faltaban para rebosar, á concluir de consumir un mechero que habia de disparar el cañonazo que todos

amedrentados temíamos tal vez porque desde luego se comprendía iba detrás de él la obra de muchos siglos y el trabajo de muchas miríadas de seres; ese cañonazo, ese suceso fatal é imprevisto es la muerte de Pío IX; ese acto de trascendencia tan suma que por sí solo basta á hacer por tierra el producto de muchos siglos y el trabajo de muchos seres, es el que el telégrafo con su acostumbrado laconismo nos comunicaba ha pocos días; el fallecimiento del bondadoso obispo de Roma, de aquel venerable anciano que sobre sus fatigados hombros de 86 años mantenía fuerte y vigoroso como siempre, inalterable y heroico como nunca el enorme cargo de la dirección de una iglesia constantemente escarnecida por infinitos y criminales enemigos; que sobre su envejecida testa mantenía poderoso y esforzado como los primeros apóstoles del Vaticano, el gran peso de una mitra siempre gloriosa; aun en medio de las tormentas por que ha atravesado y entre cuyas fatigadas y octogenarias manos sostenía esforzado aquel báculo tradicional que en un tiempo conserbará Pedro el pescador y que antes, como ahora, como siempre es y será símbolo y alegoría de la potestad religiosa.

La muerte de aquel que era conocido en el mundo de los vivos con el nombre de Pío IX ha sido acogida con tan desordenados arranques de dolor por todo el orbe católico, como desordenadas, espontáneas y entusiastas eran las múltiples aclamaciones en medio de las que fué encargado de apacentar el rebaño del Señor.

Era el 16 de Junio de 1846.

Un gentío inmenso, inmensísimo, anhelante, trémulo, frenético se agrupaba formando un sólo cuerpo y animados por una misma inspiración alrededor de los severos muros que circundan el histórico edificio del Quirinal.

De repente, un grito unánime, atronador, terrible, dejóse oír por todo el espacio.

Era que el gran balcón del Quirinal se habria y el Cardenal Camarlingo anunciaba al pueblo que su amado hijo Mastai Ferretti habia resultado elegido como gran jefe de la cristiandad.

A las palabras del Cardenal sucedió el grito atronador y frenético de todo un pueblo; aquel grito sagrado que tantas veces se habia de dejar oír en Roma, aunque en circunstancias tan diversas y que constituía para el respetable anciano el único himno que solía alegrar sus oídos cuando paseaba por las calles de la ciudad santa ó cuando bendecía á su amado pueblo desde los balcones del Vaticano; el grito magestuoso de ¡Viva Pío IX! ¡Viva Pío IX!

Era el 7 de Febrero de 1878.

El sol comienza melancólico á hundirse en el espacio tal vez como pesoso de tener que alumbrar actos dolorosos y terribles; y en verdad que no el astro de la claridad y la nitidez debía alumbrar en aquellas

horas la antigua ciudad de los pontífices de nuestra religión, sino los melancólicos rayos de las estrellas, ó la opaca claridad del mensajero de la noche, más opaca todavía por su interposicion con las cenicientas nubes que desgarradas y sombrías amenazaban convertirse en lluvia, representación de las lágrimas que en aquel día se iban á exhalar por todo un mundo, el mundo de los católicos.

Un gentío inmenso, inmensísimo, triste, meditabundo y lloroso rodeaba las macisas puertas del Vaticano.

Mas este se diferenciaba del otro, en que la alegría no comunica expresión á su rostro, antes al contrario exhala lágrimas, porque en el interior de aquel soberbio alcázar de nuestro catolicismo se desenvuelve algo que produce amargas ideas, porque en el interior de aquel altanero edificio se concluye algo venerable por mas de un concepto, se termina de desarrollar un argumento cuyos personajes son reyes y pueblos, se resuelve el anhelo de pocos y el dolor de muchos; se dispone á la cristiandad dias de luto y termina una existencia consagrada á la práctica del bien en todas sus distintas faces y al culto de la razon, de la justicia y de la caridad.

Es que aquel venerable sacerdote que parecia llevar grabada sobre su despejada frente el lema de «guerra al mal» sucumbia agobiado por el peso de 86 años, y por los sufrimientos que su alma heroica habia tenido que apurar; era que el gran pontífice Pio IX añadia un alma mas á la *region de la verdadera vida* y un cuerpo mas á el recipiente comun de los mortales.

El pueblo que frenético le aclamara cuando fué ungido Vicario del Señor y el que entristecido le llora á su muerte es ese mismo pueblo para el que la prensa, el libro y la tribuna reaccionaria no ha escaseado insultos y anatemas, achacándole crímenes que solo reconocen principio en su propia ignorancia y en la ceguera de sus caudillos como oportunamente demostraremos.

Antes de terminar estas indicaciones generales, seame permitido manifestar que ajeno á toda clase de apasionamientos políticos y religiosos, mi voz será el eco de mis convicciones y mis creencias vaciadas en el molde de la mas estricta imparcialidad.

Los que seducidos por las mentidas frases de los enemigos del gran pontífice Pio IX; los que demasiado poco enérgicos para contrarestar el impetu de la demoledora corriente hoy tan en boga de escarneer y morfarse de todo lo que lleva el sello de venerable y sagrado; los que por increíble y ridicula pedantería se hagan automáticamente eco de las opiniones anti-papistas tal vez por considerarlas como favorecedoras del progreso ó tal vez hija de este tan desnaturalizado vocablo; los que en fin por no borrar de su bandera el irrisorio lema de «guerra á lo tradicional» secundan ó tratan de secundar el movimiento que en las filas de los

verdaderos enemigos del progreso de cierto se ha de operar, esos no es raro crean obedece á sujestiones de partido este pequeño y modestísimo opúsculo en que he tratado de retratar fielmente mis juicios, mis ideas y mis sentimientos sobre este capital suceso.

En cambio, los que destituidos de esas fuertes y venenosas pasiones que transforman al hombre, bueno por naturaleza, en inmundada desemejanza de el prototipo creado por Dios cuando le creó; los que no temen formular públicamente sus juicios por cuanto á ninguna bandería pertenecen que acusarle pueda de desleal; los que inspirándose tan solo en los hechos memorables de su vida pontificia no juzguen á esta mala por las debilidades que pudieran atribuirse á alguno que otro Gerarca de nuestra Iglesia haciendo participar de los errores de los unos la sabiduría y templanza de los otros; los que en una palabra, consideran al pontificado con los elevados caracteres de grandeza que posee como institucion creada por Cristo y como indispensable para las funciones de ese gran cuerpo llamado humanidad, esos son los llamados á establecer juicios críticos sobre este insignificante trabajo con el que hago mi presentacion en el mundo de las letras; presentacion un tanto tenebrosa por cuanto vá precedida de la muerte de un hombre ilustre, tal vez el mas de este siglo, y porque tiene por objeto hacer algunas consideraciones sobre los hechos de ese mismo hombre á quien el inexorable fatalismo de la muerte le arrancó recientemente de nuestros brazos cuando tan necesaria nos era su asistencia; ¡tal vez tendria en el reino de los justos—donde de cierto mora su alma—que embellecer páginas mas ilustres que las que adornó cuando era componente de este inmenso hervidero de vergonzantes pasiones y de magestuosas hazañas á quien llaman humanidad!

II.

A los que niegan al Pontificado su misión civilizadora, vamos á contestarles en breves líneas; mejor dicho, la poderosísima é incontrastable elocuencia de los hechos será la encargada de ponerles de manifiesto su error; nosotros espondremos con la brevedad propia de un folleto estos hechos que atendiendo el fin del mismo son cuasi secundarios y que de cierto han de aparecer doblemente débiles y pálidos destruidos por la idea capital de la obra que es pintar á Pío IX tal cual nuestro leal entender lo comprende, tal cual se nos presenta en todos los episodios de su gloriosa vida; para ello juzgamos oportuno hacer una escursión histórica.

El imperio del mundo estaba bajo las crápúleas manos de Neron. Porque el mundo estaba reconcentrado en Roma.

Y Roma reconcentrada en la maldad y el vicio.

Y la maldad y el vicio entronizados en la que mas adelante debía ser ciudad santa.

Parecia que la humanidad gemia bajo el peso de un espantoso anatema.

Solo así se comprende el espantoso cúmulo de desenfrenados crímenes y de criminales pasiones que se anidaban en aquel corrompido centro de la prostitucion moral y en aquel enorme garito de la tiranía.

Porque allí se practicaba un materialismo mucho mas refinado que el que predicara Demócrito; allí se practicaba el materialismo de las pasiones llevadas á su último extremo de deformidad; allí se practicaba el materialismo egoista de sacrificar el deseo de uno sobre el interés de muchos; allí se practicaba aquel materialismo que comienza aboliendo el uso de la razon y de la inteligencia y concluye recomendando su sustitucion por el de los instintos, instintos mucho mas toscos, mucho mas denigrantes, mucho mas groseros que los de los demás animales, porque solo tenia aplicación para cebarse sanguinario en inofensivos seres ó para horrar por completo nuestros hermosos títulos de magestad y nuestros innatos laureles de señorío y grandeza.

Parecia como si en todos los templos, en todas las plazas, en todos los edificios, en todos los lugares, en todas partes, vieran escrito por mano providencial el espantoso rótulo de *No tiene otra mision la humanidad que la de gozar; la virtud es sueño; la gloria quimera; los goces de eso que llaman espiritu, ilusiones fantasmagóricas; la religion, mito; la esperanza de la otra vida, ciega supersticion; no hay mas que materia y goces; ¡muramos gozando!*

¡Rótulo horrible cincelado en todas las inteligencias, en todos los corazones, como si el hombre al venir al mundo no tuviese otros fines que realizar, que el de emponzoñarse con el vicio, abandonarse al libertinaje y equipararse..., sobreponerse en brutalidad á los animales que exentos de sentimientos no reconocen otra ley que la de la fatalidad, ni otra norma que la de sus apetitos!

El pueblo romano no merecia en verdad los honores de capitanear al mundo civilizado; era una reunion de fieras sin otras miras que las de sacrificarse mutuamente en aras de los mas abominables caprichos y por consiguiente merecedores de ser tratados como fieras y no como hombres; hacer lo contrario hubiera sido contrarestar las leyes del sentido comun, y lo que es todavia mas doloroso, las leyes de la divinidad.

En aquel inmenso pandemoniun de pasiones y de crímenes; en aquella vasta necrópolis de la moralidad que con funerario crespon se recostaba indolentemente separada de la base que la sostenia, en el suelo, donde era ferozmente pisoteada por la multitud, en aquel repugnante orinal de los mas absurdos vicios, en aquel maremagnum de ridiculeces y caprichos, de dolo y desvergüenza, de ignorancia y delirio, de supersticion y fausto, de retroceso y muerte, en aquella tierra infructifera al parecer, ó solo valedera para alimentar vivoras y plantas venenosas, de aquella viciadísima atmósfera de fetidez y corrupcion se habia de nutrir el corpulento árbol del catolicismo y el Pontificado y habia de fructificar la pura semilla del progreso, de la civilizacion, del bien, de la moralidad y la justicia, del derecho y en general de todos los sentimientos bellos y buenos que como escondidas perlas en cenagoso estanque, solemos de vez en cuando mostrar y aun darles aplicacion práctica.

Aparece Neron en el proscenio de la Historia, y el patricio se convierte en cómico. Las matronas que tantos dias de gloria habian concedido á la ciudad de las siete colinas en prostitutas, la sacerdotisa en bailarina, la religion en mito, la moral en absurdo, la ciencia en objeto de mofa, los sacrosantos principios de la maternidad en desdoro de buenas matronas, la tranquilidad en escándalo, la discusion científica ó literaria en sofística locuacidad, el trono en tribuna de los placeres, el lecho, la honra y el nombre de la muger vendidos al mas espléndido postor, la púrpura real en asquerosa y estropeada alfombra

donde el patricio se limpiaba el negro lodo de sus ruindades; y como complemento á todo esto, el placer como única norma de la vida, el escándalo, el bátrro y la orgía las únicas ocupaciones, el Dios digno de adoracion la mas graciosa meretriz ó el mas sacrilego tribuno.

Cesar negando la existencia de *aquel* á cuya suspicaz vista no se esconde el mas insignificante pensamiento, la mas superficial idea que el cerebro en su constante ejercicio produzca; Ciceron entregado á el mas vituperable abandono moral, recostándose indolentemente sobre la hamaca del mas estúpido libertinage, y dejándose llevar lánguidamente por la corriente que como asoladora tromba había inundado las en un tiempo fértiles llanuras romanas; Lucrecio, el inspirado Lucrecio, dándole formas sensibles á el materialismo y poetisándolo, si se permite la expresion, en sus renombradas églogas é idilios; el hipócrita cordobés Séneca declamando contra la usura y siendo el mas despreciable usurero romano y declarando en una de sus mas inmortales tragedias la bárbara blasfemia de la mortalidad del espíritu humano diciendo «Post mortem nihil; ipsaque mors nihil»; el pueblo desatentado, loco y embriagado á fuerza de apurar tanto absurdo y tanta utopía gritando á voces ¡¡¡Panem et circenses!!! y los mitológicos ritos ridiculizados en las tablas, todo esto pedía á grandes voces la culebra de la fábula que devorase á tanto loco y á tanta miseria.

Y la culebra de la fábula se presentó en la fatídica figura del feroz Atila, que enviado de la Providencia venia á ejercer uno de sus mas importantes ministerios: la refundicion del cuerpo llagado por el vicio; mas no fué ciertamente Atila el que redujo á reluciente plata la deleznable escoria de aquella idiotizada sociedad; Atila fué el pronóstico, y Jesus, los mártires y el Pontificado el sublime diagnóstico que curó de la asquerosa lepra á aquellos delirantes ciudadanos, sustituyéndola por la salud del cuerpo y la paz y fortaleza del alma.

Mas seguramente no me consideraré satisfecho hasta sacar una fotografía ya que no con los magaficos detalles de un buen pintor de la historia, cosa imposible dada la modesta suma de mis conocimientos y mis no tan abundantes facultades intelectuales que hagan loco creermé capaz de obtener el mas exacto claro oscuro y los mas finos perfiles de ese corrupto y agonizante cuerpo á quien llamaban Roma, al menos con los nitratos y sales de mis deseos y constancia procuraré dar á mis lectores no mas que un simple y sin retocar bosquejo por el que puedan comprender cuan grande, cuan sublime, cuan civilizadora fué la influencia del Catolicismo y del Pontificado en aquellos tiempos de general barbarie.

La humanidad estaba dividida en dos grandes secciones; la humanidad libre y la humanidad esclava; la primera se dividia en patricios y plebeyos; la segunda en libertinos y siervos; el derecho de la

servidumbre era el látigo con el que se cruzaba el rostro constantemente á los infelices que la opresion y la *ignorancia* conducian al lamentable estado de *servus*; y el de la *redencion*, el potro del tormento en el que destrozaban las fibras de su corazon y en el que ahogaban los puros destellos, los divinales centelleos de bondad que en las noches de tormenta alumbran el firmamento de nuestro espíritu.

Porque con el cilicio de los mas anti-humanitarios castigos en una mano, y la esperanza de la redencion en la otra, el esclavo se convertia en máquina de fácil manejo, donde las ilusiones, los bellos panoramas de libertad y la esperanza eran los aceites esenciales que le hacian andar con facilidad; y como la fantasia está tan desarrollada en el hombre, de aquí el que ante la espectacion de próxima libertad el esclavo se fatigase trabajando para alcanzarla y procurase, sacrificando para ello hasta el innato sentimiento del honor, y el sagrado titulo de ser humano, para ellos desconocido, hacer gran acopio de méritos y servicios para llegar jadeante de gozo al día de una manumision que nunca se efectuaba y que solo vivia en su fantasia. ¡A ignorantes! no conocian que el oficio del lobo es devorar á las ovejas!

En vano es que el antiguo siervo recuerde los titulos que asisten á su patrono para tratarlo como bestia; en vano que evoque el Derecho natural y el de gente para ellos desconocido; en vano que se esfuerce en encontrar principio y solucion filosófica á aquella desgarradora charada en que hace de prima segunda y tertia; en vano que pida de rodillas á su dueño la libertad que este decierto no le ha de conceder; en vano que llore, que languidezca, que muera, porque su propietario solo vé en su muerte la disminucion de un guarismo de la horrible suma de su *piara*; en vano que invoque á Júpiter á Venus ó á Mercurio porque sus esculturales cuerpos carecen de la poderosísima sávia del cristianismo y como en roca de granito se estrellarán sus lastimeras quejas; en vano todo esto porque el esclavo desconoce el sello de la igualdad cristiana con que su frente ha sido ilustrada; porque su *poseedor* desconoce el sentimiento de la caridad con que Dios embelleció el corazon humano; porque la Divinidad dejaba impasible á los hombres continuar su obra, para hacer ver mejor, las ventajas é influencias de Cristo y su doctrina, porque la humanidad atravesaba el critico momento de las evoluciones que le habian de hacer tomar diversa forma; porque aquello, era el Génesis de esto y el prólogo del gran libro que obra de siglos ha de ser ciertamente su terminacion.

Mirarlo bien; está latente en todos los periodos de la filosofia de la historia; el carácter histórico que señala la ruina de las naciones, es el immoderado deseo de las distinciones, de las vallas, de las separaciones, de las divisiones de las clases; todo pueblo que marcha hacia el abismo de su terminacion histórica, hácia el fondo de su no influencia en las

demás naciones se ocupa antes en señalar estados en aherrajar derechos en hacer divisiones y paralelos; aristocracia y plebe; clase média y libertina; ingénua y sierva; este es el barómetro que acusa los grados de duracion de los pueblos: y por cierto que en ninguno se ha comprobado con mas acierto esta ley que llamaré profética, puesto que prevee lo que mas adelante ha de ocurrir, que en la impúdica Roma, aquella que en su delirio llegó á formar todo un diccionario de clases y títulos, cuyo tecnicismo es tan espantoso y tan infernal que para su comprension, lo mismo que para descifrar los geroglíficos del Egipto y la India se necesita toda una existencia de observacion y estudio para llegar al agotamiento de este á comprender que el número de cargos, dignidades y clases era tan numeroso en Roma como casi el número de sus habitantes, haciendo abstraccion de los míseros esclavos que solo reconocian un deber el del trabajo, un cargo, el del sacrificio y una mision que era la de consumirse paulatinamente agobiado por el peso de espantosas fatigas para morir en medio de las blasfemias de sus compañeros y entre el indiferentismo de su patrón que solo ve en su muerte la pérdida de un mecanismo material de trabajo y ser por último arrojado en profunda cripta al pié de corpulento árbol para que abone á éste con sus cenizas. Corramos denso velo sobre tantas miserias, ante cuya espectacion el espíritu no puede por menos de sentirse abatido y confiemos á plumas mas hábiles qué la nuestra el último y decisivo retoque sobre el infecto estado de la sociedad romana.

El eminente escritor traspirináico Luis Veuillot en su «Refutacion de algunos errores sobre el Pontificado» partiendo de consideracion en consideracion sobre este periodo histórico dice en la página 3 y siguientes del capítulo I. «bajo esta plebe que se creia libre y bajo estos patricios que no tenian mas bienes, mas vida ni mas honor que los que le dejaba el César, gemia el pueblo inmenso de los esclavos privados de todos los derechos de la humanidad y aun de la cualidad de hombres. Trabajaban, morian, servian segun el capricho y el interés de sus señores. El proverbio decia que para el esclavo no debia haber reposo: *Non est otium servis*. El esclavo no tenia alma; la Grecia le llamaba un cuerpo *soma*; Roma una cosa; *res*. No era sino un instrumento del que era lícito servirse sin trégua y sin escrúpulo hasta que se gastara. Y cuando la vida del esclavo duraba mas que sus fuerzas la celebrada prudencia de Caton enseñaba á matarlos de hambre.

Algunos patricios dedicaban sus esclavos á la mendicidad mutilándolos con la ingeniosa crueldad de la avaricia con el fin de que escitaran mas fuertemente la piedad de los transeuntes.

Esta industria era muy practicada y como sucede en toda industria habia en ella competencia.

Si alguno de los poseedores de esclavos, mendigos veia en alguna

parte á un esclavo mas estropeado que los suyos ó cubierto de llagas mas terribles y espantosas escojia en su *rebaño* á aquellos que le cuadraba para asemejarlos con el que habia visto; condenándolo á un suplicio tan largo como su miserable vida para que le llevase por la noche algunas monedas mas. Para proteger la vida de los señores contra la desesperacion de los esclavos, la ley no apremiaba á los primeros á que los trataran mas humanamente; por el contrario condenaba á los esclavos *aun cuando fueran toda una nacion* al suplicio si su señor moria de muerte violenta. Asi es como fueron esterminados en tiempo de Neron por orden del Senado y á pesar de los murmullos del pueblo, los 400 esclavos de *Pidanius Secundus* á quien se asesinó en su casa.

«Esta era la gran Roma, señora orgullosa de las naciones; esa Roma que recitaba los versos de Horacio y de Virgilio; esa Roma en la que la voz de Ciceron acababa de apagarse; esa Roma en que Séneca y Tácito escribian; la Roma en fin de Cesar y de Augusto, llena de monumentos, de riquezas, de obras maestras, llena hasta de sabiduria y la Roma que dice Montesquieu *estableció su imperio sobre la despoblacion del Universo.*»

La historia entre las páginas de barbárie y enagenacion mental de los pueblos no nos presenta fastos mas sombríos que los que se vislumbran al superficial análisis de aquellos ominosos tiempos de decadencia; aquella funesta época de brutales delirios en que Neron hacia matar á su propia madre en parte instigado por su favorito Séneca; en que mas adelante habia de mandarle abrir las venas á éste, no por abrigar sentimientos de venganza por no haberle aplaudido en el teatro donde representaba papeles incompatibles con su dignidad imperial, sino por cumplir aquella fatal consigna árbitro de toda su vida que le decia inexorable ¡*Mata!*; en que mas adelante habia de prender fuego á la envilecida Roma solo por gusto de cantar al tétrico resplandor de sus rojizas llamas *el himno de Troya*, en que pasado algun tiempo habia de matarse á sí mismo, convirtiéndose liberalmente en verdugo propio ya que de tantos lo habia sido, concluyendo su vida en medio de horribles sarcasmos á tiempo que abria por última vez sus lábios, cárdenos por la desesperacion y el miedo y que tantas veces se habian abierto al peso de la calumnia y la blasfemia para decir con pedantesco y convulsivo tono; ¡qué hombre mas grande va á perder el mundo!

Aquellos idiotizados tiempos en que el infame Claudio hacia despedazar á sus esclavos para que le sirviesen de alimento á las turenas de sus estanques; en que Calígula sentado en un trono que flotaba en un mar de sangre humana, nombraba cónsul á su caballo, en que Tiberio abandonado á la mas liviana sensualidad establecia una fórmula de gobierno parecida á la que los corifeos de 1793 habian establecido en Francia, en que Neron arrastraba por el mas inmundo cieno no ya su título

de emperador pero hasta el de hombre profanando y aboliendo de hecho nuestros sacrosantos fueros humanos; en que las pitonisas y vestales habian cambiado su sagrado ministerio de misticismo y pureza por el despreciable y vergonzoso de la mas pública meretriz; en que la humanidad se encontraba dividida en libre y esclava siendo considerada esta última como *cosa*, pero como *cosa* despreciable y de la que cada cual se podia valer para dar satisfaccion á sus caprichos; en que á tal punto habia llegado la degradacion y el salvagismo de aquellos mónstruos engreidos en sus propios vicios, que los hombres abandonaban á los seres de diferente sexo para unirse con los de uno mismo, haciéndose esto tan estensivo que túvose que publicar una ley obligando á las matronas á presentarse en formas indecorosas ante el público para estimularlo pues temian la conclusion de aquella envilecida especie, en que el ateismo tomaba proporciones alarmantes, en que la glotoneria estaba tan en voga que una vez concluidos de deglutir los mas finos alimentos se tomaba un vomitivo para devolverlos y volver á comer, posponiéndose de esta manera á el mas estúpido animal; en que disolvian magnificas perlas en vinagre solo por gusto de embriagarse en ese criminal derroche tan en uso en todas las naciones que dejan de cumplir su mision en el gran libro de la historia; en que por fin á tal punto habia llegado el envilecimiento y la corrupcion, que sus Dioses, aquellos Dioses que habian sido objeto de tanto fanatismo, de tanto amor y de tanto respeto eran presentados en la arena del anfiteatro, ó en las tablas de la Comedia entre los aullidos de aquellos *cuasi* hombres y ridiculizados en medio de las mas espantosas blasfemias; el insigne autor de «El Genio del Cristianismo» ha dicho con respecto á esto, «No hay punto ninguno en la historia del género humano en el que el pudor se viera desterrado con mas cuidado que lo que lo era en los misterios de la religion.»

Esta inmensa bacanal de desordenadas y lujuriosas pastones, este infecto garito de ridículos vicios, esta espantosa cloaca de ruindades vilezas, depravacion, muerte, escándalo y locura era la nacion que capitaneaba á el mundo, la que altanera ceñase la diadema de la civilizacion el adelanto, la luz y el progreso y á la que marchaban á inspirarse en los fluidos versos de Horacio, Virgilio, Ovidio y Lucano, en las severas páginas de moral de Séneca y Zenon, en los arrebatadores rasgos de elocuencia de Ciceron todos los que trataban de seguir sus huellas, ó á lo menos los cultivadores de los grandes sentimientos y de las bellas letras que trataban de aclimatarlas en sus respectivos paises.

Esta era la nacion que esgrimia potente la palmeta de dómine sobre todas las demás que podian considerarse honradas con ser imitadoras suyas; ¡tal era la corrupcion del mundo y tal su grado de ignorancia!

Este espantoso caos de violencias y atropellos debia tocar á su fin; el Creador no podia consentir el que el mundo gimiese eternamente ba-

jo el despótico imperio del mal, ni que el hombre se erigiese en verdugo del hombre, ni que la sociedad permaneciese siempre en ese raquitismo despreciable de las pasiones animales antitético á su fin esencialmente moralizador y opuestísimo á su elevada mision; mision sublime por mas de un concepto; mision que le corona; mision que le hace ser el gefe de todos los compañeros que le rodean; mision escrita en el corazon de todos al llegar al mas uno de los mortales y que le dice constantemente; *Progresá; progresa dentro de las vias legales de las vias de la moralidad y la justicia.*

Este era el estado del mundo; porque Roma era el espejo que retrataba fielmente á las demás naciones por mas que las desfigurase enormemente haciéndolas aparecer con tintes mas negros, mas luctuosos y sombríos.

Mas aparece Cristo, ese gran purificador de nuestra sociedad y con él su doctrina aquella doctrina que comienza estableciendo la igualdad humana y concluye predicando el ejercicio de las virtudes y la práctica de la caridad; aparece ese coloso de nuestra tradicion señalando las bases de nuestro moderno derecho y comenzando á producir la gran revolucion que se operó en el mundo todo al elocuente hábito de su poderosa palabra; aparece ese ilustre mártir de la democracia práctica sobre la elevada cumbre del Gólgota dejando caer todo el peso de su arrebatadora palabra sobre el déspota, sobre el tirano, sobre el *patronus* romano, anatematizando los bárbaros derechos de servidumbre y proclamando la libertad del esclavo, del ilota, del pária, del soudra, iguales en un todo si no superiores al monopolizador de sus vigílias, al infame ser que necio desconocia que con arrebatár á el esclavo sus fueros humanos, menguaba, ó digámoslo de una vez, borraba por completo el título de que hacia alarde, el sagrado título de *componente de la humanidad racional*; aparece ese ser incomprensible presentando á las fanatizadas turbas del paganismo la mas positiba al mismo tiempo que la mas divina de todas las religiones, la religion católica; aparece el divino hijo de Maria enseñando una doctrina hasta entonces desconocida, doctrina cuyo sentido filosófico concilia perfectamente el derecho con el deber y la libertad con la justicia y el órden; aparece rodeado de esplendor y gloria, de estigmas misteriosos y sobrenaturales, concediendo la vida á el cadáver, la vista á el ciego, el oído á el sordo, la salud á el enfermo, la enerjia á el débil, el aliento vital á el moribundo, la inspiracion á el idiota, la paz á el desesperado, la razon á el loco, las fuerzas á el enclenque..... la vida á el mundo.

Aparece solo, sin séquito de ningun género, al no ser el de el pueblo que admirado le escucha, solícito y atento con el menesteroso y el potentado, enérgico y esforzado con el hipócrita y el embustero.

Aparece un solo hombre predicando, esplicando y enseñando un cuerpo de doctrina inmenso, sin amedrentarse por las amenazas que los en-

greidos dominadores del Universo le dirigian al comprender que Cristo minaba con la dinamita de sus positivas bellezas el horrible antro de sus pequeñeces y miserias, y al observar que el que en un principio se habia presentado sólo habia visto aumentar sus filas con un sin número de prosélitos decididos, afiliados á su bandera de corazon y que á su vez difundian las eternas verdades del Evangelio por los cuatro vientos arrojando con la mayor templanza y resignacion los horrores, las penalidades y los insultos de una turba siempre soez y descreida y ofreciendo animosos sus vidas por el rescate de un alma, de un alma sola.

En un principio y en vista de la pequeñez é insignificancia de la nueva doctrina se le dejó vivir en paz, puesto que locos y no otra cosa eran para los gentiles, aquellos corazones esforzados, aquellas inteligencias poderosísimas reflejos de la divina, aquellos heroicos seres que miraban el suplicio con el mismo sentimiento con que podian mirar el acto mas trivial de su vida; mas digo mal, lo miraban con entusiasmo y con cariño, por que convencidos de la verdad de la causa que defendian, la hoguera era para ellos el epilogo de una vida de sufrimientos, y el prólogo de una existencia de paz, consuelo y ventura: pero visto que aumentaban los defensores á medida que transcurrían los dias, se levantó contra ellos una cruzada horrible que solo sirvió para acabar de robustecer y afirmar los soberbios muros del edificio cuyos planos habia el Redentor presentado.

En las catacumbas, santuario primitivo de nuestra religion y altar donde comulgaron con la hóstia del martirio los primeros cristianos, en las plazas públicas, en los anfiteatros y circos, en las iglesias y en las termas eran horrorosamente sacrificados los promulgadores de la nueva idea, en términos que podemos decir que la religion de Cristo ha sido amasada con sangre, pero con sangre no bendita sino benditísima porque era la sangre de esforzados varones que contestaban á la intimidacion de ¡*Abjura!* con la negacion de ¡*creo!* porque era la sangre de los verdaderos redentores de la humanidad, porque era la sangre de los apóstoles del Catolicismo, porque era la sangre de los primeros sacerdotes de la religion comenzada á predicar en Judea, porque era la sangre.... de los mártires de la Cristiandad y de consiguiente de los mártires de la civilizacion y el progreso.

Entre estos se encontraba Pedro llamado el pescador por hallarse dedicado á esta profesion antes de su conversion al Catolicismo; no diré que era en el catálogo de los mártires de los mas ilustres, porque en lo sublime no cabe gradacion, pero sí diré que fué uno de los hombres á los que la humanidad debe mas señalados faores y uno de los mas constantes campeones de las verdades evangélicas; con él nace el Pontificado y con él la serie de los vicarios de Jesucristo.

A imitacion de su divino maestro se presentó en Roma sólo, alumbrado por la inspiracion santa que recibiera del cielo, apoyado en el báculo de su senectud, hoy símbolo del poder de la Iglesia que personificara y animado por las sábias instrucciones de Aquel que lo era todo y por el rayo celestial de la divina gracia.

Arrostra la cólera del rey ó cosa parecida que regia los destinos de médio mundo, de los sacerdotes que pretendian casi casi dirigir la conciencia de los creyentes, del *patronus* que dominaba la razon del esclavo, del patricio que imperaba sobre las creencias del populacho, y de éste que acataba sus tradicionales creencias; predica, ora, realiza fenómenos misteriosos ante las absortas masas que comienzan á recelar si serán verdaderas sus palabras: sufre con magnanimidad de corazon las chanzonetas y burlas de los unos y el castigo y la amenaza de los otros; pone por sí solo en conmosion á todo un pueblo, y el rey comienza á temblar sobre su trono que tenía por pedestal el mas férreo absolutismo, y las mitológicas esculturas á caer de sus pedestales y las conciencias de la muchedumbre á estremecerse inquietas analizando atormentadas las prácticas verdades que difundiera el primer piloto de la siempre victoriosa nave de nuestra Iglesia; y el verdugo á recostarse desfallecido á fuerza de tanto arrancar existencias auaque en realidad fuese absorto de tanto heroismo, de tanta enerjia, de tanta conviccion y de tanto sentimiento noble y elevado.

Entonces el Cesar temiendo los resultados de aquellas predicaciones, apeló al único argumento, al único recurso que podia encontrar en el arsenal desufanatismo y de su intransigencia, y el Pescador fué conducido entre las lágrimas de los unos y la alegría de los otros á la cárcel Mamertina, de donde no volvió á salir sino para el suplicio en donde se encontró á su compañero Pablo que como él iba también á ser sacrificado en aras de aquel último movimiento de muerte del paganismo.

El que al entrar en Roma no pudo por menos de escribir en sus muros lleno de inefable gozo y entusiasmo el rótulo de *Pedro apostol de Cristo*, no pudo por menos tambien de demostrar practicamente la liberalidad y democracia de nuestra religion dejando su sagrado báculo á un anciano mendigo llamado Lino que con lágrimas en los ojos contemplaba su pesada agonia ofreciendo generoso su vida por libertar de la muerte á aquel ilustre martir del Catolicismo y á aquel robusto tronco de donde habian de brotar y ramificarse las corpulentas y soberbias ramas del Pontificado.

El Catolicismo ha colocado su nombre al lado del de sus mas ardientes defensores; la historia profana al lado de los héroes, de los innovadores y de los médicos del espíritu de los pueblos; el Pontificado como su fundador y primordial rama y hoy al cabo de tanto tiempo la Cristiandad no puede por menos de orar ante su recuerdo y de bendecirlo interiormente con verdadera fruicion repitiendo las admirables frases del mas ilutre hijo de

Belen diciendo *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.*

Cristo pues, habia ganado la gran batalla; el oscurantismo y la barbarie como el Angel caido habian sido arrojados de nuestro planeta y despenados al infinito fondo del olvido; el progresivo desarrollo de la humanidad habia recibido su primer impulso y era imposible detenerlo; y hé ahí en parte esplicada la muerte del Redentor del mundo; y hé ahí experimentalmente demostrado el axioma grabado en el obelisco de Fontana mandado erigir por Sisto V que dice *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.*

Hemos tratado de retratar fielmente la situacion del mundo á la venida del verdadero Mesias; repásese siquiera someramente sea las páginas posteriores á su gloriosísimo apostolado social y se hechará de ver facilmente el radicalísimo cambio que sufrió el mundo una vez terminada la misión histórica de este santo mártir de nuestras glorias religiosas, de este colosal arquitecto del edificio de nuestra felicidad, de este sábio legislador de nuestras conciencias ante cuyo recuerdo todo corazon que anide sentimientos generosos, no puede por menos de latir apresuradamente recordando las numerosísimas é infinitas gracias á las que le somos acreedores.

En cuanto á la existencia del Pontificado como institucion no puede ser mas sacrosanta, mas venerable ni mas sagrada recordando el principio de donde procede—que no es otro sino la voluntad del Creador—el fin que tiene que cumplir—la defensa de los intereses que le están encomendado y la representacion de Cristo en la Tierra—y la necesidad imperiosa de toda colectividad ya se llame civil ya religiosa de confiar su direccion á hombres de condiciones más relevantes que la generalidad de sus elementos, para que le impriman verdaderos y múltiples caracteres de vida y que la salve de todos los escollos por donde todas nuestras obras tienen que pasar.

Y si toda sociedad, toda colectividad encargada de llenar un fin determinado necesita de gefes que la dirija, auxilie y anime ¿con cuanta mas razon la mas venerable, la mas numerosa, la mas antigua, la mas sagrada de las instituciones, la mas positiva, la Iglesia no ha de necesitar de la direccion de que todas las demás, secundarias á su lado, necesitan?

¿Es porque no tiene fin práctico que realizar?

Pues destruir si es que podeis el magestuoso é indestructible edificio de nuestra religion y os encontrareis con que habeis destruido, no ya la humanidad, sino hasta su continente, porque las raíces de nuestra religion son tan profundas y poderosas que rasgarian la débil corteza que nos contiene.

¿Es que tiemblan los príncipes, los magnates y los pueblos al reparar

la inviolabilidad constante de la sede pontificia junto á las múltiples alternativas de que siempre se han visto acometidos sus fluctuantes tro-nos y proyectos, ó es que el hombre ha nacido para estar en cons-tante lucha con todos los principios superiores á su organizacion, con todo lo que afecte caracteres de sobre-natural, y que su finita inteligen-cia no puede analizar sin temor de desbaratarse en ridículas patrañas?

No me atrevo á dar la conclusion de estas premisas que tal vez in-conscientemente haya planteado; pero sí dejaré consignado, que solo de esta manera puedo comprender la animadversion con que en estos últi-mos tiempos de socialismo y de congresos obreros, han mirado los adep-tos de los mal llamados principios modernos, la magestuosa marcha del fugáz meteóro que al compás de nuestro centro planetario anima á la parte mas noble de la humanidad, á el espíritu de ésta, con los rayos de sus verdades y enseñanzas, y con el resplandor de su principio, historia y fines; creo superabundante manifestar el nombre de este bendito meteóro, de este verdadero centro planetario de nuestras conciencias, por cuanto al buen sentido de mis lectores de cierto no se le ha de escapar; se llama Pontificado; se pone y oculta en el Vaticano, y es impulsado por la mano de Cristo que es la fuerza motriz que le anima; cualidades to-das que le hace ser indestructible.

Se juzga por algunos á el Gerarcado apostólico, por los poquissimos males que tal vez necesaria y fatalmente haya tenido que ejecutar, y no por los muchos, muchísimos bienes que á la sociedad conquistára, como si fuésemos á juzgar en sentido negativo de las buenas cualidades de una her-mosa finca, por la existencia en ella de dos á tres plantas venenosas, ó del valor de un guerrero por el número de veces que se dejó pegar en su infan-cia; este es el argumento favorito de sus detractores, y ésta la única teoria que esplanan cuando se les argumenta por su intransigencia con los sucesos de el apostol predilecto de Jesus; juzgo ocioso el refutar esto, que no me atrevo á llamar argumento, y á mas de ocioso infructuoso pues el recto pare-cer de mis lectores será el encargado de analizarlo—si es que merece los honores del análisis—y de coronarlo con la despreciativa carcajada del desden y de la lástima que no otra cosa se merece este tan manoseado. . . . método de argumentacion.

Tambien los enemigos de la Iglesia suelen achacar á ésta en son recri-minatorio, que su política de siempre ha consistido en ambicionar el domi-nio universal, y cohartar los síntomas civilizadores de los pueblos.

Es cierto que el lema *caridad y paz* no debe borrarse jamas del glo-rioso pendon que se tremola en el Vaticano; pero asimismo no es menos cierto, que siendo su principal mision la de velar por los intereses de la Igle-sia, cuando miran á esta no amenazada de muerte por que esto es imposible—pero amagada de disenciones y disturbios provocados por algun principe, no estando en sus manos el armar un ejército—procedimiento seguido por todos

los demás estados por ser imposible esto á los estrictos deberes á que tiene que sujetarse, amonesta en un principio, y si esto no produce los efectos deseados, se vale de otras armas mas temibles que las de la simple amonestacion, cuales son las de la reprension, el anatema etc.; más á esto debemos preguntar ¿son generales los casos de perfectibilidad humana? ¿no ostenta el gerarca supremo de la Cristiandad dos faces tan distintas como las de papa y hombre, ó hemos de ser tan egoistas que hemos de considerarle siempre en el primer caso, sin que entren en la confeccion de sus actos una partícula, una sola del segundo?

No es menos cierto que en los rituales de la institucion se consigna el que su poder les ha sido trasmitido por Dios, y que sus actos pontificales han de ser inspirados por éste; ¿qué de extraño tiene que se adulteren al pasar por el tosco crisol de nuestra finita inteligencia racional haciéndolos aparecer con algunos fragmentos de ésta, en que todo es limitado, todo pequeño, todo en fin humano?

En cuanto á lo segundo, ó sea que el Pontificado es enemigo de la luz y el progreso—siendo así que en él todo es luz y progreso—debemos manifestar, que si en algo presentan homogeneidad todos los papas, ha sido en la construccion de espaciosos talleres de la inteligencia, donde ésta pueda desarrollar libremente sus fuerzas dentro de la esfera de la verdad, y que el espíritu de propaganda científica, literaria y artística le es tan peculiar á el edificio que en un tiempo estrenará *el Pescador*, como peculiar le es al hombre la facultad de espresar sus pensamientos por medio de la palabra, como peculiar le es á todos los animales el innato sentimiento de la conservacion de las especies, como peculiar es á la circunferencia el que los puntos de que está formada equidisten igualmente del centro, como peculiar debe ser para el hombre sensato y cuerdo el respeto y la veneracion de todo lo que lleva el estigma, la marca, de sobre-natural y sagrado; ejemplo las infinitas academias, liceos, universidades, ateneos y centros de enseñanza que por todo el orbe han sembrado los verdaderos patrocinadores de la verdadera ciencia, de la que pese á quien pese solo se podrán encontrar sus ruinas, entre el polvo del desquiciamiento universal.

No somos tan intransigentes, que dejemos de conocer los errores de que adolecen *algunas* medidas de *algunos* antiguos papas; pero estas deben dispensarse atendiendo que no hicieron mas que participar—aunque nó en todo—de la barbarie de aquella época, en que los hombres mas que hombres eran fieras, y necesitaban para detenerlos diques mas robustos que los que en la actualidad se emplean.

Detener la corriente de una época es empresa mas de titanes que de hombres; mantenerse impassible ó cuando menos sujeto á las tirantes amarrazas de la fè, queda para los Jesucristos ó cuando menos para los apóstoles que le seguían en sus reformistas escursiones.

Antes de terminar estos ligerísimos apuntes escritos á vuela pluma, debo

dejar trascrita una premisa de las recaudadas en mi corta experiencia filosófico-crítica, tal vez indispensable para un buen silogismo político; y es, que los que mas alardean de libertades y transacciones, son los que mas obstáculos oponen á todo lo que no sea pensar como ellos piensan, y los que mas uso. . . ó abuso hacen del tecnicismo insultante que existe en todo idioma, para escarnecer á los que difieren en ideas; por eso, al paso que piden al Estado libertad para la prensa, para la tribuna y la cátedra, para la reunion y el libro y alaban los clubs donde se discuten la existencia de la Divinidad, la negacion de todo, etc., lanzan duras invectivas sobre las asociaciones religiosas, prohiben si llegan al poder las manifestaciones esternas del Catolicismo representante para ellos del retroceso—ya que las internas no las pueden aniquilar sin destruir la existencia de gran parte de la humanidad y llaman oscurantistas, retrógrados, enemigos de eso que llaman luz y progreso, corifeos de lo tradicional etc., á los que cometen el imperdonable delito de admitir la supremacia de la fe sobre la razon del culto del verdadero Dios y de otras várias verdades prácticas.

¡Misericordia y siempre miseria!

¡Los declamadores contra la intransigencia convertidos en furibundos intransigentes, en ardorosos defensores del aislamiento moral!.....

Los que proclaman como primera fórmula de su credo político el admirable axioma de la libertad humana, convertidos en asquerosos despotas; los que proclamando el libre albedrio y de consiguiente la libertad de pensar, impetran para sí este sagrado privilegio negándolo á las asociaciones mas conservadoras, á las que miran como pestilenciales y causa del empobrecimiento de los pueblos; los que disfrazados con la túnica de la libertad, dejan asomar al caerse la criminal careta con que se encubren, la repugnante vision del libertinage, de la demagogia; los que en una palabra, de la aparatosa combinacion de sus deslumbrantes y fascinadoras palabras—en que todo es oropel no sacan otros resultados prácticos que el de predicar principios con que alucinar á las ignorantes masas que le escuchan, principios que han de pisotear despues, esos, esos son los amigos de la libertad, el orden y el progreso.

Preciso es decirlo otra vez: ¡Misericordia y siempre miseria!

Concluyamos estas desordenadas y tal vez incoherentes ideas con las admirables frases del eminente Rivera diciendo. ¡Paso, paso, á el Pontificado!

III.

El 13 de Mayo de 1792 á las cuatro de su tarde nacia en Sinagaglia ciudad de la Marca de Ancona, Juan María Mastai Ferretti, conde de Mastai Ferretti y papa bajo el nombre de Pío IX; fueron sus padres Gerónimo Mastai Ferretti conde del mismo apellido que desempeñaba en Sinagaglia el importante cargo de gonfaloniero, y la condesa Catalina Sollazzi, cuyos respectivos títulos de nobleza se remontaban al siglo XIII.

El niño Mastai comenzó á demostrar desde su menor edad las grandes dotes de su alma, los bellos afectos de su corazón, el gran desarrollo de su inteligencia, y la gran religiosidad de sus sentimientos; era como dice con sumo acierto un biógrafo suyo gran conocedor de las vicisitudes de su vida, un alma de héroe, encerrada en un cuerpo de niño enclenque y enfermizo.

Los padres del presunto papa, pensaron desde luego dedicarlo al servicio de las armas, dejándose llevar de la moda de aquella época en que era la mas digna y considerada de todas las profesiones, la que tiene por objeto cortar la vida de sus semejantes; al efecto, no bien habia llegado á los 7 años, cuando comenzaron á practicar las pesquisas necesarias para su ingreso en una Academia militar; mas reconocido por los facultativos le declararon estos inútil para soportar las fatigas de la guerra, él que mas adelante habia de ser inflexible para sobrellevar los tiros de la adversidad y el engaño, él que habia posteriormente de ser el mas aguerrido veterano de todos los soberanos europeos, la mas fuerte muralla del catolicismo, el mas enérgico y esforzado soldado de la fé cristiana, el mas constante campeón de los fueros divinos, el mas sábio y astuto de los capitanes de nuestra Iglesia.

No; no estaba su mision en aspirar el humo del combate, ni en pisotear los cuerpos de sus víctimas, ni en bañarse en la sangre que causára su fraticida mano; no estaba su mision en hacer la vela nocturna del campamento, ni en trastornar las leyes de la divinidad, cambiando el lema de paz por el de guerra, ni el de caridad por el de sangre y lucha; no estaba su mision en servir de ciego juguete en las manos de bastardo príncipe, ni en satisfacer el capricho de éste con su sangre; su

misión estaba donde estaba la de Cristo, en llevar la paz al seno de las familias, la felicidad al seno de las naciones, y la concordia al seno de los pueblos; su misión estaba en dar brillo y páginas de gloria al gran libro de nuestra religión, é inmortales días á las efemérides de ésta; su misión estaba en construir y no en destruir; en reedificar y nó en hechar por tierra; en imitar al divino maestro y nó al ángel caído transfuga de la divina corte, al maldecido Luzbel; su misión era bendita y no podía empañarse ó perderse en el laberinto porque los hijos de Marte vagamundos caminan; necesitaba para llenar su sino caminar con seguridad, y caminó; caminó, y esto es lo mas admirable, sobre un suelo movedizo y cortado en el que se habian undido multitud de tronos y miriadas de instituciones, proyectos é ideas; mas él estaba llamado á ser hábil timonel de la nave bendita de la Iglesia y no realza mucho por cierto la fama de experimentado nauta, el que camine dando traspiés sobre el inseguro y movedizo suelo de su nave; así es que aferrándose con fuerza á sus costados en días de tempestad, dirigía con la bocina de su santidad y sabiduría las mas regeneradoras y eficaces medidas á su numerosa tripulación, compuesta de todo el mundo de los católicos, y contestaba para conjurar la fuerza de la borrasca á sus impías proposiciones, con el conocido término de *Non licet; Non possumus*.

También nos presentó el ilustre anciano que acaba de pagar el tributo comun, muriendo, una al parecer contrariedad y que en realidad no lo es, si la estudiamos con la suma de datos indispensables para señalar una opinion, ó mejor dicho un juicio: Pío IX era en su niñez tan débil, tan raquítico, tan enfermo de cuerpo, como fuerte, valeroso y saludable de alma; los ataques epilépticos eran en él tan comunes, como sus arrebatos de celeste inspiración; los desmayos tan continuos como la constante actividad de su alma; su desarrollo físico tan paulatino, como constante era su desarrollo moral, el de sus facultades intelectuales y el de sus sentimientos; tan grande la inercia de su cuerpo, como sublime la actividad de su alma; tan estéril en los productos de la materia, como fecundo en los partos de su espíritu: era, en fin, un hombre, un niño, todo espíritu, nada materia, todo inteligencia, nada instinto, todo bondad nada maldad, todo energia nada debilidad; y se comprende ésto perfectamente, porque valiéndome de la imágen anterior era un alma muy grande, encerrada en un cuerpo muy chico, y prevaleciendo, dominando la economía moral sobre la física en grado tan superlativo, era natural que ésta se presentase cada vez adornada con mas caracteres de grandeza, al paso que la otra se mantenía estacionada, absorbida por la magnitud de esta; y no se crea que éste carácter se debilitó con los años, antes al contrario, tan heroico le admiramos en su cortísimo periodo de niñez, como en los últimos años de su intranquila existencia.

Aun no perdieron sus padres la esperanza de verle vestir las charreteras del servicio, pero como el niño Mastai se empeñaba obligado por su vocación, en dar satisfacción á sus instintos eclesiásticos, determinaron enviarle al colegio de Valterra en el año de 1803 ilustre centro de enseñanza dirigido por los P. P. Escolapios, en donde cursó latinidades, historia y lingüística; bien pronto consiguió cautivar la atención de sus profesores y condiscípulos por su rara aptitud en todos los conocimientos humanos, por su caridad inagotable, por sus admirables dotes oratorias, y por esas fáciles facultades intuitivas tan características en todos los hombres ilustres que con sus servicios han muníficos regalado brillantes páginas de gloria á la humanidad.

En aquellos momentos el mundo atravesaba una espantosa crisis, y el pontificado se sentía herido en la parte mas sagrada de su ser; un acto sin igual en los fastos pontificios habia llevado á cabo el perjuro *capitan del siglo*, el sacrilego Bonaparte, el ambicioso leon de los Alpes, el segundo *Azote de Dios*, el primer capitan del siglo á quien sin escrúpulo de ningun género podemos llamarle tambien el mas hábil sangrador de la humanidad; en su bastardo afán de conquistar, en su bárbara sed de sangre y dominio universal, en su criminal avaricia de honores, nombre y mando, no habia respetado, nó, el dominio de la mil veces gloriosa ciudad santa, no habia respetado lo que para el mundo civilizado representa la ciudad del Vaticano, no habia parado mientes seguramente en la inmensa responsabilidad que sobre si echaba al profanar con sus ensangrentadas bayonetas el lábaro santo del poder de Dios; y como caminaba ciego con la venda de sus pasiones siempre exaltadas, no comprendia que el mas injustificado é indigno acto de un soberano es inmiscuirse, cuanto mas profanar el espíritu divino de una congregacion universalmente reconocida como ultra-terrena y superior á las demás que rigen los destinos del mundo; no llegó á preveer que el que camina desatentado con ánimo de dominar la roca que güarece el edificio de la Iglesia, de cierto se estrella contra ella yendo á parar sus fragmentos al profundo mar donde se sumergen todos los Icaros ignorantes; y como su oscurecida conciencia, como sus gastados instintos de conservacion eran ineficaces para advertirle el lugar del peligro, Napoleon retuvo prisionero á el venerable Pio y profanó los magníficos altares de San Pedro con el golpe de las culatas de sus fusiles y con los groseros dicharachos de su aventurero ejército. Pio IX que habia marchado en 1809 á Roma para cursar la Theología, donde permanecia con su sábio tio Ferreti canónigo de San Pedro y mas adelante su Secretario de Estado, en vista de estos sucesos y siguiendo la determinacion de su pariente y consejero salió de Roma marchando á Sinigaglia, no sin haber sido investido ántes con la primera Tonsura.

Una vez en su ciudad natal y tal vez seducido por el general movi-

miento militar que en aquellos angustiosos tiempos se realizaba en toda Europa, ó por seguir los consejos de su padre, ello es que trató de entrar como soldado distinguido en la milicia de Milan; mas su natural ó forzada determinacion nació muerta, y fué enterrada en el lugar donde se depositan los proyectos frustrados; en el olvido.

Cuando regresaba de su prision el venerable Pio VII, le fué presentado el jóven Mastai; aquellas dos almas á cual mas esforzadas debieron comprenderse y tal vez confundirse juntamente por el resorte misterioso de la unidad de miras; ello es que el entónces Pontífice máximo de la Iglesia simpatizó extraordinariamente con aquel medio seglar, medio clérigo, y que el hijo de Sinagaglia por espontáneo movimiento de su corazon, tal vez comprendió en aquella ocasion la magnitud del apostolado que con el tiempo debia cumplir, y se afilió por completo á el sacerdocio católico.

Marchó pues á Roma avaro de conquistar lo que por tantas veces habia suspirado, la conclusion de su carrera, y á la terminacion de ésta se encontró con un grande obstáculo que á ánimo menos animoso y decidido que el suyo le hubiese hecho cejar, ó cuando menos retirarse abatido cansado de tanta asperosidad, de tanto abrojo como se le presentaba para la realizacion de sus proyectos; y es que las grandes misiones no se alcanzan con la facilidad de las secundarias, antes al contrario cuestan una vida de sufrimientos y un constante estado de ejercicio espiritual y corporeo; este obstáculo fué el de que en virtud del padecimiento que sufría, no poder cantar misa por temor de que en la ejecucion de éste sagrado ministerio se le fuese á presentar el mal; mas bien pronto orilló esta dificultad logrando el que se le concediese una licencia en virtud de la que podia celebrarla aunque acompañado de dos sacerdotes; no paró en ésto los deseos de Juan Mastai, sino que arrojándose á los pies de Pio VII le suplicó con lágrimas en los ojos le dispensase de esta exigencia, pues confiaba en que la divina providencia le preservaria de los ataques epilépticos en la realizacion de los magestuosos actos de nuestra religion. Pio VII cuyo principal carácter de su organismo moral, era la bondad y complacencia, dispensó tambien á aquel sacerdote en cuya frente parecia leerse una mision sobrenatural, de lo que tan enojoso le era diciéndole «dispensad amado Ferretti que no espero se os vuelva á presentar el mal de que padeceis una vez ungido con el óleo santo del sacerdocio; podeis como otro cualquiera sin necesidad de auxilio, verificar los sagrados misterios del catolicismo.»

Grande fué la alegría del futuro Papa despues de su entrevista con el que en aquellos momentos dirigia la Cristiandad; en su devota alma tal vez se elevarian *hossannas* de gratitud á aquel bondadoso padre que le habia facilitado el término de una cuestion que le fatigaba muchísimo; en su purísimo y virgen corazon de cierto se le habia de quedar gravado el recuerdo de aquella memorable entrevista.

El 11 de Abril de 1819 cantó por fin misa en la iglesia de Santa Ana de los Carpinteros, de la que fué nombrado capellan; su celo, su caridad, sus sentimientos de felicidad para sus hijos, como llamaba á sus feligreses y acogidos, hicieron bien pronto el que fuese elevado su nombre en alas de la fama, y comenzó éste á cundir unido al de los mas decididos favorecedores, regeneradores y padres del pueblo; la veneracion que se le profesaba por todos, iba en aumento á medida que transcurrian los dias y Pio IX llegó á ser no solo canonizado, sino deificado en la conciencia de sus acojidos y de cuantos tenian el gusto de tratarle; porque era, como hemos dicho ántes y tenemos que repetir varias veces, un alma muy grande que tenia, cumpliendo su mision, que reposar en regiones mas elevadas que la de una modesta capellanía de insignificante iglesia.

Mas como es evidente que el leon aunque encerrado en limitada jaula no puede por menos de dar á conocer su grandeza, así lo mismo nuestro capellan no pudo por menos de demostrar desde el retiro de su parroquia la alteza de sus pensamientos, la magnitud de sus concepciones, y la elevacion de miras de sus racionios; y el Obispo de Roma agradecido á las relevantes pruebas con que obró en su primer dignidad eclesiástica lo nombró en 1825 secretario del reverendo P. Muzzi encargado de las predicaciones religiosas por toda la América del Sud, que en aquella época se empezaron á verificar.

Entre los naturales de aquellas provincias, arrostrando con una mano la palma del martirio, y con la otra haciendo ver su erudicion y celo, consiguió ganarse las simpatias de todos los gobernantes, y el cariño, el respeto y el corazon de los gobernados; ofreció en América pruebas de ser gran orador y contrito creyente; profundo filósofo y arrojado mártir de su mision y creencias; aventajado teólogo adornado con los caracteres la mas sólida virtud, y perito minero del corazon humano; dulce intérprete del Evangelio y esforzadísimo, heroico ministro de las filas del Catolicismo; su recuerdo ha de vivir siempre en el corazon de los que animó con la persuasiva lógica de su jovial y galana palabra, como no puede por menos de vivir en las conciencias de los pueblos en medio de los que vivió, y aun de trasmitirse estos recuerdos, estas impresiones á través de algunas generaciones de aquellas á quien con paternal acento llamaba hijos.

A los tres años de su permanencia en las agrestes selvas del Perú, y en las feraces llanuras de Chile y Méjico, vencido su cuerpo en las grandes batallas que libraba con su alma, y fatigado por su constante estado de ejercicio, comenzó á enflaquecer y á ponerse en un estado tan alarmante, que á pesar de los ruegos de média América, y de sus vivos deseos de continuar en aquella senda de las conversiones que tan grata le era, partió entre las lágrimas y los abrazos de la multitud para Europa, con ánimo de reponerse de aquellas fuertes dolencias que

sufria y que parecían recordarle en médio de sus merecidos triunfos la fragilidad humana, y aun repetirle con monótono son aquello de Pulvis est. . . . etc.

A su regreso, agradecido el soberano pontífice á sus éminentes servicios, le confirió el cargo de canónigo y director del hospital de San Miguel en Rippa; no creemos medio mas elocuente de pintar lo que hizo, lo que dijo y construyó durante este glorioso periodo de su gloriosa vida, que el de manifestar, que poco tiempo despues Leon XII sucesor de Pio, le confió el 21 de Mayo de 1821 el elevado cargo del arzobispado de Espoleto. Era que comenzaba ya á colocarse este brillante astro del pontificado, en el poniente de sus glorias; era que comenzaba á acercarse al punto para el que habia nacido; era que Juan María Mastai Ferretti se aproximaba á ser Pio IX.

Cinco años le contó Espoleto en su arzobispado; cinco años que para su pueblo fueron cinco instantes; cinco años en que llevó á cabo la obra de ciento.

Como devastadora tromba, como asoladora corriente, como desbordado é impetuoso mar de hirvientes ondas, cae sobre Europa una inmensa legion de bárbaros que no reconocen otro deber que el de la matanza y el pillage, ni otro sagrado que el de sus apetitos; llamábanse hunnos, alanos vándalos, godos, visigodos, ostrogodos, y eran fieras separadas de la mano de Dios, y de consiguiente llamadas á destruir y nunca á edificar, á pulverizar y nó á unir, á ahogar los lastimeros ayes del progreso con las herraduras de sus corceles, y á imponer al mundo las leyes bárbaras de sus incultas córtes.

Repártense como inmenso botin los desgarrados harapos de la Europa; á los vándalos, alanos y godos les cae en suerte, la dominacion de la occidental, y la otra parte es arrasada, hollada y destruida por los sanguinarios secuaces de Atila que vencedor en todos sus encuentros y engreido con sus providenciales triunfos, marcha orgulloso hácia la sagrada Roma, y amenaza consumir el horrible sacrilegio que sus enfurecidas hordas acostumbraban á ejecutar cuando encontraban obstáculos á sus infernales planes.

El santo pontífice Leon I que en aquellos aterradores momentos dirigía los destinos de la Cristiandad, salió á su encuentro; le habló, le exortó con dignidad; y ¡cuál no sería el poder de sus miradas, cual su misteriosa fuerza, cual el valor de sus palabras, que el soberbio leon del desierto agitando sus empolvadas melenas se postró de rodillas ante sus plantas, y por primera vez en su vida comunicó á sus hambrientas de sangre legiones la órden de retroceder....!

Atila á no dudarlo se mostró á la altura de su grandeza salvage; pero San Leon se mostró mucho mas sublime, mucho mas grande, mucho mas poderoso, mucho mas elevado, mucho mas heróico, pues hay que comprender el irresistible terror que se apoderaba de todos al oír sólo pronunciar el nombre de Atila, y la alteza de sentimientos que supone el marchar, él solo, sin auxilio de ningun género y á más anciano próximo al sepulcro, á contener la corriente de todo un desbordado pueblo, y á sofocar el capricho, la tenacidad y las pasiones del mas grande conquistador del mundo, del *asote de Dios*; de aquel que con altanera soberbia decia que *donde colocaba la planta su caballo no volbia á nacer yerba*.

Pues lo contuvo y libró á Roma de dias de desolacion y espanto, y á las generaciones venideras del dolor de ver destruidos sus soberbios monumentos y plazas, y sus grandielocuentes preciosidades artísticas é históricas.

.....

Mastai Ferretti vió amenazada de muerte la vida, la honra y los bienes de su pueblo, con los 4.000 foragidos que sedientos de destruccion y muerte huian de los austriacos, entreteniéndose durante su fuga en prender fuego á los pueblos por que atravesaban; y á semejanza de Leon I libró con su presencia, espíritu apostólico, y palabras de sublime caridad, de noches de luto á su diócesis querida, logrando apagar el increible furor de aquellos desalmados y hacerles comprender el sentimiento del honor hasta entonces ignorado por ellos; y no contento con esto, les prestó hospitalidad honrosa, repartiendo cuantiosas limosnas, y haciendo fundir su plata labrada para atender á los gastos de aquellos desgraciados, victimas mas que de otra cosa, del horrible alucinamiento con que los jefes de aquellas numerosas sociedades secretas que entonces existian en Italia, habian logrado colocar sus ánimos. Una anédocta para concluir la exposicion de la grandeza de los hechos que Espoleto recuerda todavia entusiasmada; un espía entregó al santo arzobispo Mastai un listin en el que estaban incluidos los nombres y residencias de los principales alborotadores de Roma y de consiguiente de los principales enemigos de la causa del Pontificado; Mastai la leyó con serenidad, y arrojándola al fuego, pronunció estas conmovedoras palabras que pertenecen al dominio de la Historia. «Cuando un lobo quiere hacer daño á las ovejas no debe empezar por dar aviso á el pastor;» sus enemigos no pueden por ménos de mostrarse confusos ante tanta generosidad, pero nosotros sus defensores, nos comovemos sí, pero no nos deshacemos en admiraciones, porque comprendemos que aquellas palabras no eran mas sino emanaciones puras de su bendita alma.

En 1832 fué trasladado al arzobispado de Imola entre los desespera-

dos ayes de la multitud de Spoleto, que veían no solo se les iba con Mastai-Ferretti un padre, sino su angel tutelar, no sin haber dejado rastro tan digno de su estancia en Spoleto como el de la fundación de un hospicio, de una escuela gratuita y de otros muchos establecimientos benéficos y de enseñanza.

En el consistorio de 23 de Diciembre de 1839 su antecesor Gregorio XVI le nombró cardenal *in petto* y le proclamó en 14 de Diciembre de 1840 con el título de San Pedro y San Marcelino; seis años despues fallecia el sábio Gerarca Gregorio XVI, y Mastai Ferretti acudia apresuradamente á Roma á asistir á el conclave que ya se habia convocado para proceder á la eleccion de nuevo pontifice.

El 14 de Junio de 1846 se congregaba el sacro-colegio en cóncave; las negociaciones estrangeras se habian interrumpido para que la mayor imparcialidad predominase en este solemne acto; la luz del espíritu-santo era invocada por candidatos y votantes, y por cierto que éste de seguro les iluminó, pues no de otra manera se comprende la acertadísima eleccion que hicieron del que menos probabilidades tenia, por su posicion, por su juventud y por su experiencia, pero que en cambio sabia ocultar un corazon de papa, una inteligencia de papa, y una unción, un misticismo, una caridad, una virtud y unos sentimientos propios de papas, y solo de papas.

Los mas autorizados *papabiles* eran los cardenales de Soglia, Falconieri, Bernetti, Lambruschini, de Angelis, Gizzi y en último término Mastai.

Se cuenta de su eleccion que tres escrutinios fueron inútiles; pero el cuarto abierto con el himno *Veni creator* le concedió los honores de capitanear á todos los fieles del mundo; Mastai, á quien desde ahora podemos llamar Pio IX, que como Secretarió del cóncave no hacia mas sino leer su nombre en todas las cédulas escritas por los cardenales hasta llegar á las treinta y seis, se dirigió á éstos suplicándoles procediesen á nueva eleccion pues creia hasta cierto punto injustificadas sus medidas concediéndole un cargo para el que habia entre sus cólegas individuos mas competentes y autorizados, que él, el mas humilde individuo del sacro-colegio; los cardenales insistieron en sus votos; entonces poseido de sublime espíritu de modestia, se arrojó ante el altar, oró media hora, se desmayó, se levantó llorando, y balbuciente, deificado, sublime exclamó levantando los ojos al cielo *Ecce servus tuus; fiat voluntas tuas*; al dia siguiente 17 de Junio, de 1846 á las nueve y media de la mañana, el gran balcon del Quirinal se abria y el Camarlengo Riario Sforza exclamaba ante la multitud *Papam habemus; eminentissimum ac reverendissimum dominum Joannem Marian Mastai-Ferretti, qui sibi imposuit nomen Pium nonum*, y el pueblo, la clase média y la alta que le conocian por la tradicion y por las anédoctas que de él se referian, prorumpieron unánimes en ruidosas aclamaciones, en movimientos de natural entusiasmo, en acaloradas protestas de regocijo á tiempo que una multitud asombrosa

gritaba con estentóreo acento: ¡Viva Pio IX! ¡Viva el amigo del pueblo! Fiestas; animación; gozo, frenesí, aclamaciones, regocijo público; felicitaciones, todo venia á alegrar los oídos del gran Pio IX en aquellos días memorables, primeros de su glorioso pontificado; todo venia á hacerle ver que el corazon del pueblo es tan noble que jamás deja de fructificar las semillas que en él se haya arrojado; todo venia á decirle que era el idolo de todas las clases sociales, y el mas respetado y querido de todos los pontífices si continuaba respetando como sus antecedentes hacian esperar, las instituciones y reglas de la edad moderna.

Hemos visto al pueblo rodearlo, orgulloso de la ocupacion del sólio de los santos Vicarios de Cristo por un tan distinguido é ilustre sacerdote; le hemos visto aclamarlo poseido del mas ferviente amor, entusiasmo y respeto y hasta sacrificar su periódico trabajo para concurrir á las fiestas que en celebracion de su exaltacion al trono de los Estados Pontificios se celebraron en toda Europa; hemos visto y admirado su frenesí al comunicarle el Camarlengo la afortunada eleccion del cargo vacante por Gregorio XVI; dentro de breve tiempo lo veremos cambiado por completo gritando en vez de ¡Viva Pio IX! ¡Viva el papa rey! ¡Justicia para el pueblo! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva el papa solo! y ¡Viva la federacion italiana!

¿A qué obedece este brusco cambio de la temperatura de fidelidad de su pueblo? ¿por qué se coloca á grados bajo cero la columna que dias antes acusára toda un número suficiente á inflamar los corazones, á poner en ebullicion el mercurio que antes encerraba? ¿es que ha cesado el amor de sus súbditos *cual oja seca que arrebatara el viento*, ó es que el termómetro y el barómetro de su fidelidad, constancia y cariño, no son suficientes ya para medir la presion entusiasta que en sus espíritus causara, el grado de calor de sus protestas de amor inmenso?

No; es que comienza á ser fanatizado por los revolucionarios que en lejanas tierras purgaban sus errores, y á los que la sin ejemplo generosidad de su monarca les habia levantado sus destierros: es que *comienzan* á descomponer las fibras de su corazon y procuran secarlo á fuerza de sofismas y oropel.

Consecuente con los principios liberales de toda su vida, su primer acto pontificio fué el conceder una amnistia general y lata á todos los procesados políticos, haciendo correr profusamente la siguiente disposicion cuyos principales párrafos trascribimos: «A todos nuestros súbditos que actualmente se encuentran en un lugar de castigo se les exime de su pena con tal que firmen una declaracion solemne bajo su palabra de honor, de no querer de ningun modo ni en tiempo alguno abusar de esta gracia, y cumplan en lo sucesivo todos los deberes de buenos y fieles súbditos»—y terminaba de esta manera.—«Pero en el caso de que

nuestras esperanzas queden defraudadas, recordaremos con amargo dolor que si la clemencia es el mas dulce tributo de la soberanía, la justicia es su primer deber.»

—¿Cumplieron el voto bajo el cual pudieron volver á gozar de los fueros de ciudadano romano?

En las páginas sucesivas lo veremos.

—El 1.º de Agosto administró la Sagrada Eucaristía á los amnistiados, á aquellos que mas adelante habian de poner en grave conflicto á la cristiandad, á los que habian por satisfacer bastardas aficiones, de vender el poder temporal de los papas despues de algunos centenares de años de existencia, á los que en una palabra le labraron la corona del martirio que para la historia y sus defensorés es la corona de sus glorias y memorables actos.

—Deseando entrar en el terreno de las reformas y acomodarse en un todo con los sentimientos liberales que toda su vida habia profesado nombró el 8 de Agosto del mismo año de 1846 su secretario de Estado al cardenal Gizzi hombre caracterizado por sus opiniones avanzadas, pero de carácter débil é irresoluto; sus primeras medidas consistieron en someter las personas y propiedades del clero á las leyes de impuesto, comun á todos los súbditos de los Estados Pontificios, reformar el personal diplomático de la Santa Sede en los gobiernos estrangeros, nombrar una comision compuesta de 25 jurisconsultos para proceder á la reforma del código romano, y la disminucion de los gastos de la corte pontificia; estos actos preludios solo de lo que Pio IX era, y para lo que Pio IX habia nacido, fueron acogidos en medio de los mayores trasportes de entusiasmo por parte de su pueblo y de gran parte de las cortes europeas que veian iniciarse una nueva politica de venturanza en el Vaticano y unos nuevos fastos en el porvenir social de las demás naciones; sin embargo los pequeños estados en que entonces estaba dividida la que hoy es monarquía italiana comenzaron á inquietarse por estas nuevas faces que comenzó á presentar el astro del gerarcado católico, y á comprender que una vez iniciado ese movimiento en Roma, difícil, muy difícil era contenerlo en sus respectivos estados.

La bondad y la templanza habian de ser las dotes especiales de Pio IX, pero la desilusion, el desengaño y la perfidia el pago con que habian de corresponder á sus favores; así es que á esos mismos á quienes habia arrancado el grillete y la cadena que laceraban y entorpecian sus cuerpos, esos mismos á quienes habia devuelto sus ansiados aires patrios y el codiciado hogar doméstico, esos mismos á quienes habia sustituido el negro pan de la emigracion por la blanca torta del olvido, del perdon y de la generosidad, esos mismos fueron los que poniéndose al frente del revoltoso populacho que en todas partes existe, y seduciendo á los mas vírgenes en eso que se llama conspiraciones,

escándalos y revoluciones, comenzaron á preparar al animoso gerarca de la cristiandad, dias de dolor de penalidades y de martirios.

Bolonia y Ferrara, nuncios de la tempestad que por las fronteras comenzaba á estallar, se levantaron en revolucionario tumulto tomando por pretesto la escasez de granos aunque en realidad fuese pidiendo leyes que solo en un inmenso manicomio se pudieran establecer y pedir; el *Non licet* comenzó á dibujarse en los labios del papa; pero sacrificando sus pensamientos á la generosidad de su corazon accedió en parte á las proposiciones de éstas dos capitales, permitiendo el establecimiento de la Guardia nacional que con tenáz insistencia pedian.

No contento aun, no satisfecho su corazon bendito con derramar tan pródigamente, tantos favores tan inmensas gracias sobre los estados que la Providencia le habia concedido, probó hasta la saciedad cuánto era su afan de concordia, y cuanto su amor á la causa popular; estableciendo multitud de escuelas públicas, Bancos agrícolas, escuelas teológicas y liceos, todos vastos gimnasios de la inteligencia, donde sobre sólido y seguro terreno pudiera ésta presentarse en sus múltiples manifestaciones, alumbrando con la claridad de sus rayos y con el brillo de sus excelsas verdades, la oscuridad y la ignorancia en que aquel pueblo romano se hallaba sumido por las grandes vacilaciones que habia sufrido el único centro que se preocupaba por la suerte y salud del pueblo, el pontificado; reorganizó el ejército, reglamentó las leyes sobre imprenta, concediéndole la mas lata libertad para inmiscuirse en sus actos temporales, nombró una comision compuesta de las mas renombradas notabilidades romanas para la redaccion de una Constitucion con que pensaba dotar á su pueblo; estableció una asamblea, á la que llamó de notables; concibió el plan de una union aduanera italiana, y en una palabra, hizo ó concibió todas las medidas, todos los medicamentos que juzgó útiles para devolverle á sus estados una salud que tan necesaria les era, y de la que comenzaba á despojarse incitados por los constantes perturbadores del orden público, por los que le debian al ilustre pontífice á mas de la vida su libertad, que es la verdadera vida; el ilustre P. Antonio Bresciani en su conocida obra «El Hebreo de Verona» hace la descripcion de éstos monstruos y de sus medios de propaganda en los términos siguientes: «Hallábanse entre ellos los sicarios que asesinaron á Emiliani y Lazzareschi en Ródes; los que dieron muerte á los comisarios de policia y á otros empleados del gobierno Pontificio en la plaza de Rávena, en el puente de Jaenza, bajo los pórticos de Bolonia y al pié del castillo de Cesena, y los asesinos de Liorna, que hacia años se ejercitaban en los caminos dando de puñaladas á los que la sociedad les señalaba. Todos estos bandidos, bajo diversos nombres y tomando todos los disfraces, presentábanse por todas partes; los unos se hacian pasar por artistas, otros como mercaderes, estos como vendedores de estampas, aquellos como caballeros; y por medio de señas convenidas ó con los sellos

de la sociedad, tenían sus citas y se comunicaban las noticias, órdenes ó avisos y resoluciones que era preciso saber. Entrometíanse en las reuniones, sentábanse con el pueblo en la mesa de las tabernas, en las fondas y demás establecimientos públicos, donde tentaban el vado y sondeaban el corazón de los desprevenidos romanos. Aquí soltaban una espresion, allí una mentira; en unos sitios se hacian del partido pontificio, en otros republicanos, según el ambiente de que se veian rodeados. . . . Y detrás de la Lungara, ocultaban las prensas en que se imprimían infernales folletos, que con gran admiracion de los hombres de bien aparecian en todas las manos y escitaban al pueblo á toda clase de maldades y de crímenes. Allí se ordenaba quien habia de sucumbir con el puñal ó el veneno, y que posesion habia de ser reducida á ceniza con la tea infame del incendiario; allí estaba el depósito de agüarrás, los tósigos y el espíritu de vitriolo que para tales horrores se dedicaban; y allí se consumaban las cínicas orgias y tremendas saturnales que Roma no vió desde los tiempos gentílicos: allí, en fin, precisamente en el monte Janículo, en que San Pedro murió, se elevaban los altares de Baal frente á frente de los altares del único y verdadero Dios.» Estos hombres de cierto le harian comprender al inmortal Pio que no siempre las medidas liberales son suficientes á purgar de sus errores á un pueblo; estos constantes conspiradores le deberian de cierto haber hecho variar de política y enviarles en vez de un santo monarca, generoso, afable, pio y bondoso el culebron de la fábula, al no ser Pio IX. el monarca generoso, afable, pio y bondadoso de que nos acabamos de ocupar.

Al recibirse la fatal noticia de su muerte en España, la prensa de todos colores, ha unido sus votos al de el orbe de los católicos por que alcance su alma en las elevadas regiones de la justicia eterna, el premio de que se ha hecho acreedora en este mundo, donde fué coronada con espinas y no con blanca corona de oloroso azahar, ó con áureo círculo de refulgente oro; todos á la par han llorado; todos á la par han exhalado lágrimas de profundo dolor en recuerdo del que el mundo todo llama ya Pio IX. *el grande*; todos han elevado en el altar de sus conciencias pécres y oraciones por el espíritu del que lo era de la Iglesia; todos han sentido de igual manera su muerte; ¿qué prueba esto?

Pues en médio de estas manifestaciones de dolor, cierto periódico, órgano de respetable y numerosa fraccion política, rompe el sollozo de todos para llamar á el mas amado de los Pontífices de la cristiandad, *inconsecuente, voluble*, etc. llevando su inaudito rencor hasta el punto de atribuir el origen de la enfermedad que en su juventud padecié á el libertinage y crápula en que según dice permanecié por algun tiempo sumido.

No nos ha llamado en verdad mucho la atencion esta criminal pa-

traña, solo digna de insertarse en los desautorizados órganos de la chismografía, el revolucionarismo y la demagogia italiana; pero habiendo visto el sol de la publicidad en un periódico tan digno, tan ilustrado tan serio como el que me refiero y á más eco de las opiniones de cierto partido, no menos ilustrado, digno y respetable, es para comentarse y aun para suponer que en vez de llamarse político debiera llamarse chismográfico, ó cuando ménos falsificador de verdades, secuestrador de conciencias, y adulterador de principios inmutables y como el Sol fijos, para acomodarlos á sus principios é ideas, ó cuando ménos estrujarlos para ver si entre el sumo que destila puede encontrar medio para fabricar un chiste, una gracia, una sátira, que las mas de las veces degenera en un sarcasmo, en una blasfemia, en un asesinato de la verdad y de la justicia.

Y no se contenta seguramente el periódico á que me refiero con esto; sino con prodigarle epítetos tan calificativos y sobre todo tan verídicos, como el denominarle en despreciativo son republicano avanzado, espiritista, carbonario, iluminista, racionalista y otras varias lindezas por el estilo; él que todo era convicción, todo creencias, todo valor en ellas, todo hasta si se quiere intransigencia, nada debilidad, nada inconstancia, nada pusilanimidad, nada lo que tan en boga está en nuestros dias, pertenecer á el partido que mas porvenir ofrece, ó cual la abeja libar en la flor de todas las situaciones y cuando haya agotado su licor pasar á otra para hacer lo mismo.

Esto es poco digno, esto no es decoroso; sobre todo si se atiende que el que pronuncia sacrilegio histórico tan marcado—tomado de algún periódico ateo con que se civiliza Italia—es una publicacion autorizadísima, potente, erudita y galana, en cuya confeccion toman parte nuestros mas hábiles escritores, y cuyas doctrinas son para mí sagradas, aunque no teniendo en cuenta otra cosa que su afinidad con las que he practicado toda mi vida.

Y no esto solo; sino que fundamenta el valor de la acusacion de su inconstancia, en el cambio de política, en el brusco giro que tomó el Vaticano, después del voluntario destierro de Gaeta que eligió el santo Pontífice, sin parar mientes en los no menos bruscos é impremeditados desengaños que habia tenido que apurar aquella alma siempre generosa y grande, y el cruel pago con que los amnistiados correspondieron al inmenso beneficio de su Papa y señor.

Pío IX según hemos visto comenzó con una política de conciliacion y concluyó según veremos después con una política que han dado en llamar de intransigencia; esto que para la gran familia liberal europea no tiene explicacion al no ser que sea en menoscabo de su sagrada política personal, se comprende facilmente atendiendo que sus primeros pasos en el pontificado fueron tan liberales como los que podia haber planteado el presidente de cualquier estado democrático; mas adelanté con Ferretti y

Rossi en vista de la ineficacia de estos procedimientos trató de establecer un régimen constitucional que solo dió por resultado, la dimision del primero, el asesinato del segundo, y los téticos y luctuosos dias que á este asesinato siguieron, y por remate la traslacion del Pontífice á Gaeta; vuelve á Roma curado de su inagotable condescendencia política y convencido de que en las situaciones en que él se encontraba no había lógica mas persuasiva que la de la severidad y el castigo, y el Vaticano continuó siendo sí el amigo del pueblo, pero el amigo que amonesta, que reprende, nó el amigo que engañado por el que creia amigo concede fueros, privilegios y derechos que solo le han de servir para constituirse en escabel de las ambiciones del otro, ó medio por el que le crea débil, y se ria, se mofe, insulte su magestad y borre de su memoria los favores que lleva recibidos: asi es que si adoptó otra política no fué no por espíritu de inconsecuencia, sino por escuchar las voces con que el pueblo ensordecia el espacio; aquellas voces que contestaban á el general indulto que concediera á su exaltacion á el trono, con el grito de ¡Mueran los tiranos! ¡Justicia para el pueblo! inspirados por aquellos á quienes él habia tendido generosa mano de ayuda; aquellos desaforados gritos en fin con que respondian á los señalados favores del héroe del Vaticano; no era pues volubilidad, inconstancia ó inconsecuencia, sino amor hácia el pueblo, cariño hácia los destinos que le tenian encomendado, desinterés para su persona, abnegacion heroica para su culto, afan de corresponder á el cargo para el que habia sido ungido.

Estas aclaraciones mas propias de un final que de un principio, no he podido por menos de darlas á conocer tal vez estemporáneamente, aunque en parte tenga razon de ser el colocarlas en este sitio, atendiendo que el martirio de Pio IX ha de comenzar desde estas lineas, y de consiguiente tener preparado el ánimo del lector al notar el diverso rumbo que el cordero apostólico tomó desde esta fecha.

Los sectarios de *La joven Italia* y *Los Iluminados* hicieron creer á las cándidas turbas romanas que se habia fraguado una espantosa conspiracion en la Santa Sede destinada á pasar por las armas á todos los que se hubiesen distinguido por sus ideas liberales; y unas cuantas voces de la chusma revolucionaria fueron suficientes—dado el estado de inquietud de los ánimos—para poner en conmosion á la ciudad santa; á las sediciosas voces sucedieron las *indispensables carreras* y á éstas el terror de los que desconocian la causa del tumulto y que solo veian un inmenso pueblo desarropado y miserable, y en cuyos bronceados semblantes se leia el estigma de los malvados y de los réprobos, correr como fieras por las principales calles dando el grito de ¡se nos ha querido asesinar! y entonando impúdicos y agresivos cantares dignos solo de las bárbaras hordas que en un tiempo invadieran la Europa, ó de las feroces kábilas del desierto; el resultado fué la dimision del irresoluto Gizzi en aquellas circuns-

tancias dolorosas, su reemplazo por el cardenal Ferretti pariente del Papa, y la destitución de la policía romana para ser reemplazada por la Guardia cívica ó nacional, que no era otra cosa mas que lobos escogidos de entre las jaulas de *La jóven Italia* y disfrazados con la piel de inofensivos cordeiros; la fatalidad de los sucesos hizo que los austriacos, antiguos enemigos de los italianos, reforzasen la guarnición de Ferrara, cuyo acto le valió una protesta de Pio IX; Italia, ó mejor dicho, los pedazos de que constaban en aquella época lo que hoy llamamos Italia, ardía en deseos de venganza; y so pretexto de ésto, se levantaron unánimes todos sus estados gritando cual energúmenos ¡Guerra al Austria! y el 24 de Marzo Carlos Alberto, despues de algunas pequeñas escaramuzas, atravesó el Tessino, creyendo encontrar su felicidad en lo que le quitó el cetro y la ventura.

Al sentirme con mas fuerzas de las que me hallo revestido, me convertiria en cronista de aquella desventurada campaña; pero no siendo nuestro ánimo otro que el escribir la biografía de Pio IX, trataremos con la mayor brevedad posible este suceso que tan de cerca le toca, ocupándonos solo de los actos en que mas ó menos directamente tomó parte durante esta desgraciada jornada.

La Cerdeña, el Milanesado, Turin, Córcega, Nápoles, Génova, Venecia, Módena, Parma, todos se unieron por un mismo impulso, el de la venganza, al rededor del estandarte levantado por el desgraciado Carlos Alberto; todos contribuyeron en la medida de sus fuerzas, á coronar la mil veces desgraciada empresa que el rey de Cerdeña habia hechado sobre sus hombros; el entusiasmo era inmenso y diariamente llegaban al lugar de las operaciones infinitas legiones de voluntarios que pasaban á ofrecer su espada y su vida al que mas adelante de resulta de tanta derrota, las habia de ofrecer gratis diciendo á los generales que trataban de alejarlo de un sitio peligroso en que se habia colocado despues de la batalla de Novara, ¡Dejadme general! ¡quiero morir! ¡hoy es mi último día! ¡Hoy debo morir!

El pueblo romano deseó ser sumando de aquella gran suma de desgraciados que se asociaban tan de corazon á la gran causa de la independencia italiana; se sintió humillado si no seguia la política de los demás pueblos sus limitrofes y hermanos, y elevaron una solicitud al Santo Padre para que organizase un ejército y les auxiliase y protegiese con su bendición apostólica; el Papa se negó en un principio pues no favorecia mucho en verdad á su lema de caridad y paz el entrar como beligerante en una cuestion en que como sucede en toda campaña, todo era lucha, sangre y escombros; mas esto le valió un fuerte alboroto que hubiera tomado proporciones alarmantes si accediendo *en parte* á sus súplicas y amenazas no hubiese por fin aprobado sus proposiciones, aunque haciendo constar que no era voluntaria su resolucion; confió el mando de las legiones pontificias á el general Durando con orden de colocar sus ejércitos en los últimos escalones del cuadrilátero que habian formado, y de no

entrar en fuego sino en último caso; despues de esto el Papa los bendijo y aquel pequeño ejército producto de algunos dias de turbulencias y protestas, se puso en marcha, una vez bendecidos por el Santo Pontifice:

Lo primero que hizo Durando una vez llegado á Bolonia centro de operaciones de los escuadrones romanos, fué contrariar las órdenes que habia recibido de no batirse sino en casos extremos, por lo que el 10 de Abril le destituyó del mando del ejército, y se celebró una notable enciclica secreta en la que protestó de esto, declarando que habia consentido en el armamento del ejército por evitar dias de desesperacion y luto á sus estados; no bien sabido esto por el *El Circulo popular* que no era mas sino una reunion de bandidos revolucionarios disfrazados con la máscara de *patriotas*, rugieron de furor, y como la fiera que se encuentra acometida y que por todas partes se le sierra la salida, jadeantes y desesperados, salieron gritando por las calles con voces de muerte, ocupando todas las fortalezas con que se encuentra defendida la antigua ciudad de las matronas, dictadores y cónsules, apoderándose de la correspondencia, constituyendo en prision á los cardenales, formándose imponentes y aterradores frente al Vaticano, pidiendo la escomunion hácia el Austria, y entregando al santo sacerdote de Sinagaglia un infernal documento en que se le exigia la aprobacion de estas tres no menos infernales clausulas dictadas por su ciego apasionamiento, ó tal vez por sus desarrollados instintos de matanza, pillage y aventuras: 1.º Ningun eclesiástico de cualquier clase ó condicion que sea obtendrá empleo público ó cargo civil de ningun género.—2.º Formal declaracion de guerra al Austria.—3.º Publicacion de un Boletín diario del ejército de la independencia; 4.º llamamiento á la juventud para que tomando las armas vaya á Lombardia á arrojar á los *bárbaros*; aquellos hombres gritaron locos de furor, que al no admitir las antedichas proposiciones, asesinarían á los cardenales que tenían prisioneros; no hay porque retratar la inquietud de Pio el grande; antes del plazo que le tenían señalado para su contestacion, manifestó que habia nombrado un ministerio encargado bajo su *responsabilidad* de declarar la guerra al Austria y de consiguiente completamente independiente para obrar con entera libertad en el ejercicio de sus funciones; el demócrata Mamiani fué colocado al frente de este ministerio; se le declaró la guerra al Austria; se ordenó una quinta de 6000 hombres, hicieron abstraccion completa del poder temporal de la Santa Sede, sus caprichos comenzaron á ser ejecutados, y el Papa á ser declarado cantidad negativa en el álgebra de sus proyectos y resoluciones.

¡Ah pueblo de los Pontífices, con cuanta frecuencia recuerdas los de Tarquino! ¡Que sería de tí sin el dominio patriarcal de los apóstoles de Cristo? Volverías á ser lo que fuistes, escoria, miseria y repugnante bárrato, todo menos Ciudad Santa, Ciudad de los Pontífices de nuestra egregia religion católica!

Los resultados de aquella desgraciada campaña están presentes en la memoria de todo el mundo; fué una no interrumpida série progresiva de desastres en que los rotos pendones de los dispersos reinos italianos fueron aprovechados por los batallones austriacos, para aumentar el brillo de sus fusiles y limpiarlos del moho que los cubria, despues de una inercia bastante considerable: bien lo preveia Pio IX cuando en el memorable Consistorio de 29 de Abril del 48, anunciaba que «los fusiles que con tanta ánsia pedia su pueblo, solo servirían para satisfacer en parte la desmedida ambicion del piamontés Cárlos Alberto, y para ser destruido por los austriacos.»

A la dimision de Ferretti fué llamado para reemplazarlo al conde Pelegrin Rossi, perteneciente en tiempos anteriores á una de las mas populares sociedades secretas de que en aquella época estaba infestada la Italia, íntimo amigo del ministro de Luis Felipe Guizot y conocido por sus exaltadas ideas políticas y sociales; pero bien por querer corresponder al cargo que le habia dispensado el Papa, de presidente del nuevo ministerio, incompatible con sus exagerados ideales, fuese por comprender la ineficacia de sus antiguas teorías políticas para el gobierno de Roma y sus estados, ello es que comenzó á desplegar en el poder medidas mas conservadoras y reaccionarias de las que durante su vida habia predicado y sostenido, tratando de imponer un régimen constitucional, algo mas tirante que el que en la actualidad conocemos por lo que el descontento comenzó á ser general, y general el desasosiego; hicieron correr la voz de que era amigo y cómplice de los austriacos, y su nombre comenzó á correr unido al de muerte.

Los proyectos de los revolucionarios se generalizaron de tal modo que era pública la alevosa decretacion de la muerte de Rossi; el 15 de Noviembre era el dia señalado para la apertura de las Córtes y tambien el elegido para segar tan respetable cabeza; estas noticias llegaron á sus oidos, pero no considerando, mejor dicho, no pudiendo comprender tanto furor, tanto ensañamiento contra un hombre que no les habia hecho daño alguno, antes al contrario inmensos beneficios, se burló de las voces para él apócrifas que por Roma se dejaban oir, y á pesar de las súplicas del Papa que le eximió por aquellos dias de mision tan honrosa pero que podia costarle la vida, y del recibo de una epístola de la condesa de Menou en que esta distinguida dama le decia entre otras cosas «Guardaos de concurrir al Palacio legislativo, porque os espera en él la muerte,» Pellegrin Rossi, fiel á sus deberes, se presentó resuelto entre las lágrimas del Santo Padre y sus ministros en el Palacio de las Córtes, llegando por medio de una inmensa muchedumbre y acompañado solo de Righetti sustituto del ministerio de Hacienda, á la Cancilleria entre los silvidos y las desvergüenzas de aquellos fariseos; mas al salir y poner el pié en el primer peldaño de la escalera sintió un golpe en el hombro; vuelve la cabeza á ver quien es el importuno que le interrumpe en aquellos críti-

cos momentos, y una mano alevé armada de asesino puñal, le asesta terrible golpe que le corta la vena yugular, dándole solo tiempo para esclamar ¡Dios mío! y caer revolcándose en su propia sangre. La obra de la revolución se había consumado; ya había iniciado el camino de la sangre y sobre la sangre debía caminar; ya había perpetrado el bárbaro crimen del sacrificio de Rossi imposible tomar otro sendero; hacían bien, no hay duda, obraban dentro de las vías de la legalidad y el progreso, y este se debía mostrar agradecido, muy agradecido, porque por progreso entendían la violación de todo derecho, que con él no debe existir; porque por progreso entendían el gobierno de las turbas, pero de las *ilustradas* turbas salidas de las últimas capas sociales sobre las demás clases de la sociedad; porque por progreso entendían una frase acomodaticia que sirve para ocultar nuestros depravados instintos; porque el progreso no es otra cosa para los revolucionarios de Italia y de todo el mundo, que la negación de todo, y el autocrático gobierno de los muchos sobre los pocos, ó mas claro, no gobierno—porque con ese progreso nó se gobierna,—sino la brutalidad de la fuerza múltiple sobre la debilidad de la fuerza una; mas tampoco, porque no hay ni puede haber, ni nunca ha habido unidad en la fuerza múltiple, de la de los muchos en estos casos, sino la guerra universal, el recrudecimiento de los unos sobre los otros, el estado natural del hombre segun Hobbes, el de la guerra, el de la lucha, el predominio de la barbarie sobre la inteligencia, del mal sobre el bien, de la fuerza bruta sobre la racional; ese es ó debe ser el progreso ó á lo menos eso entienden por progreso los *iluminados* italianos, los *comunistas* franceses, los *cantionales* españoles y en general los *demagogos* todos del mundo; así es que no nos hemos equivocado al asegurar que el progreso estaba de en hora buena, y con él sus defensores.

¡Perturbadores italianos, yo os saludo, y como dice el conde de Maistre refiriéndose á Voltaire, aplaudo y coronó vuestra obra.... por manos del verdugo.

Consecuencia inmediata del asesinato del infortunado Rossi: desórdenes, apasionados gritos, voces de muerte, feroces rugidos pidiendo la destitución del Papa en el régimen que no los hombres, sino Dios, le había concedido: pasear en brazos de la multitud al asesino del primer ministro pontificio; alarma, sobresaltos, rumores de prender fuego á el Vaticano, como efectivamente lo hicieron en una de sus puertas, la de las *Cuatro Fuentes*; tiroteo contra sus defensores los suizos, ocupación de los puntos céntricos de la capital, patrullas, llamadas nacionales, aunque mejor se deberían llamar *criminales*; ancho cordón por las afueras para evitar la entrada y salida en la ciudad del Tiber de ninguna clase de persona, etc. etc. etc.

Estos hechos no tenían otro objeto que el de arrancarle el cetro que con tanta gloria ha empuñado hasta hace poco; así lo comprendió Pio

IX; advirtió que ni los titánicos esfuerzos de su poderosa iniciativa eran suficientes para retenerlo, y que en último caso ridiculizaría su dignidad real siendo pantalla de los criminales actos de aquellos asesinos en cuyo poder tendría que permanecer, ya que no vivo, muerto, ó que podría darse por satisfecho con ser rey de derecho pero nunca de hecho; y de consiguiente acompañado del conde Spaur, del embajador español el ilustre Martínez de la Rosa, y de otros varios, salió una noche del Vaticano disfrazado no de vergonzante lacayo—como algunos irrespetuosos enemigos de su memoria han manifestado,—sino de humilde clérigo, logrando al poco tiempo arribar con la mayor ventura á Gaeta, donde el infortunado Fernando II de Nápoles le tenía preparado un asilo; y aquí termina la primera parte de su glorioso martirologium; mejor dicho, no termina, porque también bajo los muros de Gaeta se escondía la ponzoña con que envenenaban sus intranquilos días; en Gaeta lo que comenzó fué á tomar cuerpo, á solidificarse la idea de la regeneración política que mas adelante planteó; en Gaeta lo que termina es una política de libertades, debilidad y bondades, y comienza otra de orden cimentado en un gobierno justo, pero tirante como vulgarmente se dice, y de reaccion, ya que el de condescendencia era infructuoso para aquellos desgraciados, que tomaban por orden escándalo, por justicia anarquía, por libertad libertinage, y por respeto á la dignidad humana, oligarquía.

La noticia de la fuga de Pío IX cundió como chispa eléctrica por todo el territorio romano, cuyos revoltosos, erigidos en ciudadanos, no podían comprender la entereza de ánimo del que en un principio festejaban con tanto entusiasmo; y tal vez acometidos por el demonio de los remordimientos enviaron una comisión á Gaeta encargada de suplicarle su vuelta al trono de los antiguos Césares; mas nuestro héroe les contestó con su inmortal *Non possumus*; pues debilidad y nó otra cosa hubiera sido el conestar con aquella horda de foragidos, que en nombre de la representación nacional, proclamaron la república federal, y que en nombre de ésta, saquearon los templos, violaron á sus indefensos huéspedes, y llevaron su rencoroso afán de libertinage y muerte, hasta el punto de asesinar traidora y cobardamente á los amigos y defensores del inmortal refugiado en Gaeta; el primer acto de la revolución en Roma fué el de nombrar un triunvirato compuesto del príncipe Corsini, Zucchini y Camerata el que tomó el nombre de *Junta provisional*, cuya primordial medida fué la de convocar al pueblo ó á sus representantes electos por sufragio universal, para decidir sobre la dominación temporal de Pío IX sobre los Estados Pontificios; y de esta *legalidad* política fué de donde salieron los 143 votos destituyendo al Papa-rey de lo que nadie tiene derecho á ambicionar, de esa especie de dote, las mas de las veces enojoso, de que han sido encargado

toda una generacion de Papas durante el espacio de algunos siglos, del dominio temporal del término geográfico llamado Roma, y del espiritual del mundo; el célebre historiador D'Arlinecourt en «La Italia roja», refiere que preguntado Mazzini despues de la evasion del Papa por el conde Pablo Fontani acerca del plan que tenía en vista de las complicaciones á que daría lugar el estado escepcional en que Pio IX se veía colocado, merced á la revolucion, contestó el célebre demagogo: *«Hasta ahora no tengo plan fijo ni determinado; nuestro objeto es la destruccion completa del actual órden social; conseguido esto, ya veremos despues de reconstruirle sobre nuevas bases. No mas Papas, ni mas Reyes»*; este era el lema de los enfurecidos y ciegos dominadores de la Ciudad Eterna.

Por fin el 16 de Febrero de 1849 la Asamblea declaraba por medio de Carlos Armellini: «El Papa queda depuesto de toda autoridad, dominio, jurisdiccion y señorío temporal del Estado de Roma, el cual recae en el pueblo, verdadero señor de sí mismo, fuente de toda autoridad, principio de toda dominacion y esencia de toda ley. Queda proclamada como forma de gobierno en los Estados Romanos, la república democrática, que reconoce al pueblo por su Dios, sirviéndole con devocion y prestándole el homenaje de su culto y de su adoracion. Por él los padres conscriptos derramarán hasta la última gota de su sangre y gustosos sacrificarán sus vidas».

Para concluir; Pio IX protestó ante Europa de la violencia de que le habian hecho victima, y lanzó su escomunion sobre la junta que dirigía los destinos de la Ciudad cuyo dominio espiritual habia sido conquistado por Pedro y cuyo dominio temporal está cimentado en una antiquísima tradicion y en la generosidad de los monarcas, gloria de nuestra religion, que munifica y generosamente se lo cedieron para que fuese como hemos dicho antes, el oriente y el ocaso donde debia presentarse y ocultarse el vivificante sol del Catolicismo, tan indispensable para la vida moral del mundo, como el centro de nuestro sistema planetario lo es para la vida material de sus individuos y posesiones; y por último, el 2 de Febrero de 1849 dió la Enciclica á todos los obispos del mundo para recoger los datos que nuestra doctrina y la tradicion conservasen sobre la inmaculada Concepcion de la Virgen María.

España, Francia, Austria y Nápoles le ofrecieron presurosas sus servicios y bayonetas para reconquistar lo usurpado; y despues de una enérgica resistencia, mas enérgica todavía por el temor que los sitiadores tenían de destruir algunos de los soberbios monumentos que embellecen la ciudad santa, las legiones francesas al mando del general Oudinot penetraron en Roma, dispersando á los feroces bandidos que en el corto espacio de su dominacion habian logrado envilecerla, empobrecerla, y destruirla, al peso de tanta contribucion y tanto tributo, como aquellos grandes

malhechores exigían para satisfacer su aspiracion de enriquecerse á costa de ese mismo pueblo que incauto se dejó engañar, alucinado, fascinado ó entontecido con tan brillantes panoramas de libertad, gloria y vaganza como sus gefes ó caudillos les habian prometido; en vista de esto el Santo Padre envió en su representacion á los cardenales Della Genga, Vannicelli y Altieri, para que gobernasen sus dominios y preparasen el ánimo de los pueblos á su entrada; entonces fué cuando Luis Napoleon con su constante política de maquiavelismo, publicó su célebre epístola al coronel Ney en que obligaba al héroeico pontifice á conceder una amnistia general á todos los desterrados y procesados á causa de los últimos sucesos, secularizacion administrativa, promulgacion del Código de Napoleon y gobierno liberal; y entonces fué cuando dió á conocer este engreído príncipe, el *héroe de Sedan*, cuan poco nobles fueron sus miras al concederle una proteccion aparentemente generosa, obligando al sábio Gerarca de nuestra Iglesia á aguantar una intervencion francesa que le humillaba á los ojos de las demas naciones.

El 4 de Abril de 1850 entraba Pio IX en Roma; el entusiasmo que se apoderó de su pueblo es indescriptible, imponderable, frenético hasta aterrador, pues en su exageracion de frenesi, mas se asemejaba á una inmensa poblacion de locos, saludando á un cuerdo, que un inmenso pueblo de arrepentidos festejando á un héroe; apesar de tanta aparente bonanza como rielaba en el mar de aquella engañosa situacion política, eran muchos los amagos de tormenta que comenzaban en medio de tanta alegría á entiviar la fé de los corazones y á desterrar los lisongeros proyectos de felicidad y ventura que en vista de tanto entusiasmo prometianse alborosados sus súbditos y amigos.

Desde este punto juzgamos oportuno abrir un parentesis y variar el sesgo de la narracion, que á mas de hacerse pesada por la monotonia, mala fé, é indignos medios que tomaron parte en este último periodo de su Pontificado, toca muy directamente á principios y causas que aun imperan con el beneplácito universal, y por afectar y herir intereses que atendiendo el constante espíritu de renovacion de los pueblos son sagrados, y á mas de sagrados indispensables y benditos.

Baste saber que Victor Manuel II, hijo de Carlos Alberto, pero mas ambicioso y afortunado que su padre, instigado por los Cavour, Rattazzi, Guizot, Thiers y otros, concibió el proyecto de la unificacion italiana que solo en germen existia en su inagotable afan de conquista; que Pio IX fué miserablemente vendido por naciones que le juraron proteccion, para abandonarlo despues: que una miserable y astuta diplomacia, egoísta y cobarde le vendió cual Judas á Cristo, aunque en situaciones mas agravantes, puesto que este santo reformador de nuestra sociedad no permaneció confiado en el poder del que le vendiera puesto que con el suyo tenia suficiente para dominar á el mundo, mientras que Pio confió en el

poder y en el auxilio de los Judas que le vendieron; que Victor Manuel II, en nombre de la *unidad italiana* é instigado directamente por la *católica* Francia, le fué despojando poco á poco de sus dominios; y por último, que Pío IX, ese gran Trovador de la santidad y de la justicia, tuvo el inmenso dolor de ir viendo desaparecer poco á poco sus Estados por la voracidad de las naciones que en nombre de los sacrosantos principios de nuestro siglo, los devoraban hambrientos, tal vez aprovechándose de su debilidad material, y de la decidida repugnancia que á todo lo que fuese la fusión de sangre, tenía nuestro amado Pontífice. ¿Principios modernos, hijos del mas moral de cuantos períodos la historia registra, son los que despojaban sacrílegamente á Pío *el Magno* de los estados que, bajo todos aspectos le correspondían? No, y mil veces no; no eran principios modernos, en los que la equidad, la justicia y el orden le imprimían marcas especiales; eran los principios basados en la fuerza bruta con los que Jengis Kan, Cesar, Alejandro, Atila y Napoleón lograron implantar sus dominadoras banderas sobre los muros de las naciones que ambicionaban; eran los mismos principios con que el lobo ataca á el cordero, ó el aguilá arrebatá á el inofensivo gamo de entre las breñas en que existiera; eran los mismos principios con que se nos despojó por los árabes de nuestra amada Península; los principios de la fuerza bruta predominando sobre la moral; los principios fundamentales de la Edad media; los principios existentes en todas partes en que la norma del derecho natural es desconocida; los principios casualmente antitéticos á el verdadero credo de nuestro siglo; los principios condenados en el Syllabus de la generacion presente.

Nosotros, fieles ante todo al movimiento regenerador de nuestra época, respetuosos admiradores del engrandecimiento de las naciones dentro del cauce de la moralidad, aplaudimos, nó incondicionalmente, sino parcialmente, el vasto proyecto nacido en las mentes de Cavour y Rattazzi, y desarrollado en el claustro intelectual del hijo de Carlos Alberto, de unir los rotos fragmentos italianos, para constituir con su soldadura un solo cuerpo que en vez de llamarse Córcega, Cerdeña, Nápoles, Sicilia, Palma, Turin, etc., se denominase *reino italiano*; comprendemos la magnitud, trascendencia y gloria de este acabado proyecto, y en el sagrado tabernáculo de nuestras ideas aplaudimos dicha concepcion, y aun nos conmovemos llenos de merecido respeto á la memoria de tan grande reformador de una parte de nuestra sociedad, que dividida en pequeñas, y de consiguiente débiles porciones, no podian aspirar á tomar parte en las recepciones que en determinados periodos, celebran las naciones cultas para festejar, desarrollar ó concluir un proyecto que directamente les hiera; mereció el bien de la humanidad, y la historia con esa imparcialidad ultra-humana que le caracteriza, de cierto ha de coronarlo con la diadema que para los héroes y los sábios guarda en el arsenal de sus juicios. Pero como no siempre el fin justifica los medios, de ahí el que palidezca de una manera os-

— 42 —

tensible nuestra admiración, por los infinitos lunares de que se vé empañada tan digna de lauro obra.

Porque Victor Manuel como Napoleon I cometió un imperdonable delito; delito que le acompañará hasta mas allá de la tumba; delito el mas imperdonable de cuantos pueda ejecutar un soberano; la profanación de lo mas venerable que en el arca de la tradición se conserva, de lo que á pesar de los diluvios y chubascos de ideas y revoluciones de que se ha visto acometida la humanidad, ha sabido mantenerse inviolable y constante, el Pontificado, su Gefe, la Cristiandad, Roma.

¡Bien se condolía el capitán del siglo, desde su jaula de Sta. Elena, del espantoso sacrilegio de que su conciencia le acusaba, el de la profanación de lo que es improfanable, el Papado!

¡Bien se condolía de tan irreflexiva determinación!

¡Bien suspiraba por borrar tan deshonorosa afrenta del libro de la historia!

Pues lo mismo Victor Manuel, desde su purgatorio del Quirinal, se lamentaba arrepentido de su conducta con el inolvidable Pio IX, y se lamentaba con ayes de desesperación de no poder deshacer lo hecho, porque le valdría eso que el infinito orgullo de algunos reyes llama humillación, y que consiste en rectificar de lo dicho, una vez comprendida las cortas dósis de justicia que entraron en la confección de sus obras!

Uno y otro se arrepintieron, aunque sus respectivas culpas presentaban notable diferencia; el primero retuvo prisionero á el Cordero pontificio; entró en Roma, y abjuró mas adelante de lo hecho; Victor Manuel, arrebató uno á uno y paulatina y arteramente sus Estados al difunto Papa, hasta llegar á Roma que se vió de pronto estremecida por el galope de las legiones piamontesas; se apoderó de ella, le robó lo suyo, y le dejó vivir encerrado en el Vaticano, como á miserable mendigo á quien por *filantropía* se le cede una cama en asfixiante y reducido hospital; y no paró en esto sus atropellos, sino que haciendo caso omiso de las protestas y excomuniones que del Vaticano le dirigian, Victor Manuel sacrificó por su voluntad la de Pipino, Carlo Magno y la condesa Matilde, que generosamente cedieron á los apóstoles del catolicismo, nación propia en que centralizarse.

¡Han muerto y es lo suficiente para que respetemos su memoria y nos abstengamos de señalar las causas agravantes que en el Tribunal de la Eternidad deben haber incluido en la sumaria de sus delitos políticos!

Debemos perdonarlo y por nuestra modesta parte lo perdonamos, como su inocente víctima lo perdonó!

Por las causas que ántes hemos expuesto, y por otras de fácil comprensión, señalaremos superficialmente estos importantes sucesos que

le habian de arrebatár el dominio temporal, sin comentarlos, dejando á la imparcialidad del lector el que los juzgue como crea oportuno.

Como dijimos anteriormente, Pío IX hizo su solemne entrada en Roma el 4 de Abril de 1850, nombrando secretario de Estado á el cardenal Antonelli, que desde hacia algun tiempo habia logrado merecer la confianza y simpatías del Pontifice; los antecedentes y la política de reaccion de Antonelli fueron la causa de los primeros disgustos que comenzaron á turbar aquella calma ficticia de los Estados del Papa.

Las legiones que Francia habia enviado para el sostenimiento del gobierno restaurado en Roma, permanecia estacionado y dividido por todas sus comarcas, á pesar de las protestas de su Papa-rey que comenzaba á inquietarse por esta política de fuerza; y fuese por esto, por la actitud amenazadora de Turin que comenzó á mostrarse en hostilidad, por las aspiraciones del pueblo de ampararse bajo el cetro unificador de Víctor Manuel, ó por los acontecimientos que en Francia ocurrieron despues de la guerra con Crimea, dirigidos á solevantar y á predisponer todos los ánimos contra la Santa Sede, ello es que Pío IX, viendo amenazada por tan diversos conductos, la tranquilidad y salud de sus Estados, formó un ejército de 20.000 hombres al frente del cual colocó al infortunado Lamoriciere. Los Turinenses que necesitaban poco para escusar sus bastardos proyectos, protestaron contra este armamento; y como la protesta no obtuvo otra contestacion de el Gerarca supremo de la Cristiandad que su acostumbrado *Non possumus*, invadieron los estados romanos al mando de Fanti y Cialdini en Setiembre de 1860; se apoderaron traidoramente, aprovechándose de un descuido de Perusa, y derrotaron en Castel-Fidardo á los escuadrones papales; en esta batalla, los que no tuvieron la suerte de morir por el plomo del enemigo, fueron hechos prisioneros y víctimas de las mas infames de las humillaciones y las bajezas; y para concluir Ancona, el último baluarte del Pontificado, fué tomada por asalto despues de una desesperada resistencia; solo quedaban Roma y algunos pequeños estados que tal vez por milagro escaparon de la voracidad de aquellas fanatizadas cohortes; á los derrotados en Castel-Fidardo les dió el Papa una medalla conmemorativa en cuyo reverso se leia *Victoria quæ vincit mundum, fides nostra*.

El 28 de Marzo de 1860 viéndose acometido tan espantosamente por aquellos delirantes soñadores, lanzó su escomunion mayor sobre los invasores de Roma, que la acogieron con la despreciativa sonrisa del descreimiento en los lábios, y con la burla que en sus corazones ébrios de orgullo acostumbraban á mirar los actos y decisiones del Vicario de Cristo.

El 15 de Setiembre de 1864 convino Francia en abandonar *dos años despues* á Roma á sus propias fuerzas, retirando sus soldados, que contra la voluntad del Papa, dada á conocer, en multitud de encíclicas

y alocuciones, había sabido mantener, para la realización de planes hasta entonces ocultos, pero que mas adelante realizó; el 3 de Diciembre promulgó su famosa encíclica, y su no menos famoso Syllabus, que en las últimas páginas publicamos, estableciendo una política cada vez más sostenida y conservadora, en vista del aislamiento en que le habían colocado las naciones que le ofrecieron socorro y ayuda para abandonarlo de una manera vergonzosa, ineua y cobarde en vista de la gravedad de los sucesos; por último, habiendo estos en 1866 dado á conocer su fondo oscuro y tenebroso, el Papa trató de formar un ejército compuesto de los voluntarios extranjeros que se colocasen bajo sus banderas, al que llamó *Legion de Antibes*; en Octubre del mismo año ese audaz y mercenario aventurero llamado Giuseppe Garibaldi, se arrojó sobre Roma destrozando los escuadrones pontificios en la memorable batalla de *Monte-Rotondo*; animado por este primer triunfo avanza resueltamente hacia la capital del orbe católico para colocar el rojo pendon de los demagogos sobre sus débiles muros, pero fué vencido en la batalla de Mentana, en que las tropas francas del rey de Roma conquistaron millares de honoríficos laureles por la de semejanza de su situacion topográfica y numérica en relacion con la del enemigo; y en vista de esto las hostilidades comenzaron á languidecer entre las hordas voluntarias del aventurero italiano, y el glorioso y heterogéneo ejército del Papa compuesto de individuos de todas las naciones; pero habiendo Victor Manuel ingeridose en cuestiones eclesiásticas en las que nada ni nadie puede intervenir bajo ningun concepto, y aumentándose la acritud con que se miraban ambas diplomacias, la romana y la italiana, la tirantez y presion con que pensaban ahogar el poder de Pio IX, el recuerdo de las pasadas desavenencias, y sobre todo el ambicioso afan de Victor Manuel por aumentar el peso de su corona, ello es que en los años de 1869 y 70, el rey de Italia consumó la idea de la Revolucion y el Papa fue rey solo de su palacio, pudiendo esclamar el padre y antecesor de Humberto á la inversa de Göete y en diverso sentido: ¡Infamias, mas infamias todavia!

El mártir del egoismo se mostró digno y grandioso, á la altura de su magestad de siempre, desde el reducido término en que se le dejaba vivir; y con potentísima voz apeló al único recurso que le quedaba en medio de tantas desgracias, el lanzar, en dejar caer, todo el peso de su mas solemne anatema sobre el que sin considerar la justicia de su causa, que trataba de atropellar, había lanzado al pie de su trono la corona y cetro de su elevada posicion régia, para calarse el chapeo y arrebujarse en la capa del mas despreciable bandido corso.

¡Acaba de consumir tu obra. lanzále del Vaticano, y pregona en voz llena luego, que te ha cabido la gloria de apoderarte de un Estado que basado solo en su autoridad espiritual, carece de capitanes, egército y armada!

Vanagloríate, ¡oh soberbio conquistador! de haber vencido á la mas insignificante en elementos de destruccion de todas las naciones europeas!

¡Deja correr tu nombre pregonado por las cornetas de la fama, porque la obra que acabas de acometer solo es digna de un rey que se llama liberal y justo!

¡Ah miserable! mas nó, nó, desgraciado que tan poco aprecio de tí mismo tienes, que te has dejado convertir en inofensivo maniquí, en manos de tus consejeros!

¡Ah desgraciado que tan poco respetas tu nombre que consientes en que éste vaya unido al de la execracion, el anatema, el dolor, la ira....!

¡Ah! bien comprendistes en las últimas etapas de tu vida que eras criminal; criminal, sí, porque contra la opinion de medio mundo, has sabido destrozár, valiéndote de el auxilio de otros tan ciegos como tú, lo mas inviolable y respetado que debe existir en la tierra, el gobierno temporal de los delegados de Cristo!

Basta de censuras; dominados por la congoja que al retratar estos hechos, nos sugiere, no hemos podido por menos de acusarlo, sin acordarnos que ha muerto, y que desde que concluye la vida, no solo de un rey, sino del mas insignificante hijo del pueblo, la pluma del critico debe cejar en su mision para ser reemplazada por la del cantor de sus hazañas; pero si estas son nulas, ó como acontece con el que se llamaba Víctor Manuel II, se ven oscurecidas, eclipsadas, destruidas, manchadas por actos deshonrosos y criminales, el silencio debe ser el mas expresivo panegérico que entonarse deba en su recuerdo fúnebre.

El ilustre proscrito del Vaticano supo proseguir desde su prision, la mas noble, esforzada y enérgica conducta que registrarse pueda en los anales del Pontificado; impasible, elevado, digno en fin, de lo que es, ha sabido protestar de todas las medidas adoptadas por el gobierno subalpino, que se hayan relacionado con el deterioro de los benditos intereses que le están encomendado; su existencia no se ha dejado sentir mas que por el saludable calor que á la humanidad católica le ha prestado, por la desaprobacion que en toda Europa sucedió á la obra de Víctor Manuel, por los sorprendentes actos espirituales que ha dado á conocer desde su reducido círculo, por el infinito número de fieles que con su presencia ó donativos han venido á demostrarle que podrá haber perdido el gobierno temporal de sus estados, garantidos por una larga existencia de siglos; pero el amor de sus subditos, su gobierno espiritual, ese no lo podrá perder sino cuando desaparezca la humanidad, y con la humanidad el mundo.

Su corona, la que la historia ha colocado ya sobre su recuerdo, es de lo mas admirable que haya adornado laureada testa; formada con brillantes,

y rubies se leen las siguientes inscripciones que nos recuerdan otras tantas épocas brillantes de su glorioso Pontificado. «Proclamacion dogmática de la pureza de la Virgen;» «Beatificacion de los mártires del Japon,» «Concilio ecuménico,» y en el la «Infabilidad Pontificia» «Enciclica Quanta cura,» y otras varias: y en la losa que ha de cubrir sus glorias hemos de encontrar tambien el número y nombre de sus beatificaciones y canonizaciones entre las que descuellan las siguientes: Santos Miguel de los Santos y 26 mártires del Japon; San Pablo de la Cruz fundador de los pensionistas; San Pedro de Arbues; San Leonardo de Pórtó Mauricio, Beato Juan Grande religioso de San Juan de Dios, idem Mariano Arciero sacerdote de Nápoles, idem Pedro Comisio de la Compañia de Jesus, Beata Germana Cousin, Beato Andrés de Robola, idem Juan Brito de la Compañia de Jesus, idem Gaspar del Búfalo fundador de la Congregacion de misioneros de la Preciosa sangre, la venerable Riviere, beato Benito de Urvino, beata María Francisca de las cinco llagas, beato António Alonso Bermejo, la venerable Paredes, Azucena de Quito.

Doscientos mártires del Japon.

Beato Josafat.

Diez y nueve mártires de Gor-Kum, y otros varios.

Días antes de su muerte, despues de haber oido doblar las campanas por Cavour, Rattazzi, Guizot, Thiers, Luis Napoleon y Lamármora, cunde la voz del fallecimiento del que lo retenia en el Vaticano, del causante de sus desventuras y desgracias, y Pio IX olvidando rencillas y venganzas indignas de su alma heroica, envia por repetidas veces al Quirinal donde fallecia Victor Manuel, mensajeros que pregunten por su salud, á tiempo que le bendice perdonándole los agravios é injusticias de que le habia hecho víctima; y no páro en esto ciertamente las pruebas que dió de magnanimidad de alma en aquellas circunstancias. ¡Ah, es imposible encontrar mayor suma de perfecciones unidas en un hombre solo, la perfeccion del que no dá un paso solo fuera de la senda del deber solemnizándolo con su *Non possumus*; y la perfeccion del que devuelve bien por mal, generosidad por avaricia, perdon por rencor, y en una palabra beatitud por crimen!

Pocos dias despues, cumplida su mision de mártir, inmolado como los primitivos de las catacumbas en aras de la ignorancia y la intransigencia, su alma bendita se separaba de la carcel que la retenia y ascendia entre el luto universal, á reposar en regiones mas elevadas de las que se habia visto precisado á vejetar por nuestro suelo, en las regiones purísimas de la ventura eterna.

¿Qué príncipe qué magnate, qué poderoso, qué humilde proletario ha provocado con su no ser en la humanidad, tantas lágrimas, tanto dolor tanta congoja y tanta afliccion como han acompañado á la muerte del Pontífice de los pontífices, del ave fenix del gerarcado apostólico, de

la mas grandiosa figura de estos últimos tiempos, del divino poeta, del celeste parafraseador de las verdades evangélicas?

¡Oh no, ninguno! porque ninguno ha logrado coleccionar mayor suma de bondades que las que realizó Pio IX durante su tránsito por la tierra; porque ninguno ha logrado impresionar mas vivamente la fantasía de la multitud que lo que Pio IX hizo con sus memorables actos; porque ninguno ha podido apurar con mas colmo la copa de acibar del martirio que á sus lábios secos por el dolor acercaban; porque ninguno ha podido representar con mas exuberancia, con mas lujo de bondades y bellezas al Creador en nuestra desprendida célula, que lo que lo hizo Pio IX durante su peregrinacion por el mundo, cuyos corazones dirigia; porque Pio IX en una palabra fué santo, mártir, sábio, rey, humilde sacerdote, poderoso Pontifice, valeroso gefe de la Cristiandad, enérgico defensor de ésta, padre del pueblo, infatigable propagandista, esforzado polemista, héroe del pontificado, prisionero del Vaticano y emperador de millones de conciencias; y los reyes, los magnates, los poderosos y los proletarios son solo reyes, magnates, poderosos y proletarios ó cuando mas..... súbditos del Pontificado.

A continuacion insertamos las partes telegráficas mensageros de la fatal noticia de su muerte, que vinieron á turbar la alegría de nuestros corazones, animados por la cada vez mas renaciente salud del mas querido de todos los papas:

«Pio IX ha muerto esta tarde á las cinco y cuarenta y cinco minutos.

»Desde esta mañana se habia esparcido el rumor en la ciudad de que el estado del Soberano Pontifice se habia agravado, é inmediatamente se notó en la poblacion una agitacion análoga á la que acogia, hace casi un mes, la noticia de la enfermedad del rey Victor Manuel. La ansiedad era general; todos corrian en busca de noticias, y la muchedumbre se aglomeraba poco á poco en los alrededores del Vaticano.

»El Papa habia pasado bien el dia de ayer, y al anocheecer el Dr. Ceccarelli, que estaba en permanencia en el Vaticano, dió un parte tranquilizador. El augusto enfermo hasta habia podido dar algunos pasos, sostenido por dos camareros.

»Esta mañana, á las cuatro, las personas que velaban al lado del Soberano Pontifice notaron una especie de ahogo, é hicieron despertar inmediatamente al Dr. Ceccarelli, que acudió al punto y reclamó en seguida el concurso de su colega el Dr. Antonini. Los dos médicos reconocieron un violento ataque de fiebre perniciosa, del mismo carácter, segun se dice entre el pueblo, de la que llevó tan rápidamente al sepulcro á Victor Manuel. Añadiase que probablemente los esfuerzos hechos el dia ántes eran los que habian determinado esta nueva crisis.

»Los miembros del Sacro Colegio fueron avisados en seguida, y el Cardenal vicario hizo exponer al punto en las iglesias de Roma el San-

tísimo Sacramento, á la vez que todas las campanas de la Ciudad Eterna llamaban á los fieles al pie de los altares, donde el clero reunido recitaba las oraciones *Venerabile pro Pontifice in agonia*.

«Entre tanto, todos los Cardenales presentes en Roma llegaban unos tras otros, y se reunían en una de las Salas del Vaticano, donde celebraron una especie de Consejo en voz baja.

«A eso de las once, el cardenal Panebianco y Mons. Marinelli, sacristan de la Santa Sede apostólica, acompañados de los capellanes y de los Guardias nobles, fueron á tomar en la capilla pontificia una Hostia consagrada, y entraron en el cuarto del enfermo, á cuya puerta todo el mundo, Cardenales, guardias, familiares, estaban prosternados de rodillas. El Papa recibió la Comunión, y luego la Extremaunción.

«Pío IX había conservado todas sus facultades y toda la lucidez de su entendimiento, y entre los accesos de ahogo se le podía oír contestar con voz bastante fuerte á las oraciones de los agonizantes, que recitaba de rodillas al pie de la cama el cardenal Bilio, penitenciario mayor.

«Hacia el mediodía se hicieron mucho mas frecuentes los accesos, y los doctores Ceccarelli y Antonini, que habian declarado desde por la mañana que la crisis era mortal, hicieron comprender que iba á principiar la agonía.

«A eso de la una perdió el Papa por completo el conocimiento, y no llegó á recobrarlo hasta el momento en que exhaló el último suspiro.

«En este instante se hallaban reunidos todos los Cardenales, todos los dignatarios de la casa pontificia, y asistieron á la muerte del Soberano Pontífice.

«Todos los embajadores acáera del Vaticano enviaron por el día á tomar de hora en hora informes, que telegrafiaban inmediatamente á sus gobiernos respectivos. Toda la aristocracia romana hizo lo mismo.

«Desde la una de la tarde circulaba prematuramente la noticia de la muerte del Papa, y hasta hubo una comunicacion hecha sobre el particular por el gobierno á la Cámara de los diputados. La corte y las autoridades eran tenidas á cada momento al corriente del curso de la enfermedad.

«El rey Humberto envió tres veces en el día al Vaticano á sus ayudantes para tomar informes.

«A eso de las cuatro pude penetrar en el Vaticano. Las antesalas estaban llenas de Prelados, de clérigos consternados y silenciosos, de miembros del Cuerpo diplomático y de nobles romanos.

«Como la muchedumbre fuera en aumento al rededor del Palacio pontificio, las autoridades tomaron disposiciones para conservar el orden público, y los carabineros mantienen la circulación.

«La plaza de San Pedro y la calle Buorgo Nuovo están llenas de carruajes.

«Esta noche están cerrados los teatros, y Roma presenta el mismo aspecto que en la noche de la muerte del Rey.»

Los despachos sucesivos publicados por el *Standard* dicen:

«Jueves, seis de la tarde.—Desde las doce reina la mayor ansiedad en Roma acerca de la salud de su Santidad. Se sabe que esta mañana ha sufrido un ataque aplopético pero se ignora si aún vive. Yo creo que inmediatamente despues de la muerte de los Papas, se retira el Santísimo Sacramento, que se expone cuando se hallan en la agonía, y aún sigue expuesto.»

«Jueves, seis y media.—El Papa falleció cuando estaba expidiendo el telegrama anterior. La hora exacta de su muerte ha sido las cinco y cuarenta y cinco minutos. Se está enviando la noticia á los Cardenales ausentes. El cardenal Manning, con algunos otros, desearia que el Cónclave se reuniese fuera de Roma; pero es probable que se celebre aqui, porque les asusta á muchos la idea de abandonar el Vaticano, donde están los archivos de la Cristiandad.»

¡Salve, venerable Pio, salve!

¡Salve, ilustre mártir de la cristiandad, salve!

¡Salve, inspirado Trovador del verdadero progreso, salve!

Días solo hace que has dejado de ser en el mundo de los vivos, y ya tu nombre corré unido al de los más hábiles obreros del edificio de la Iglesia; solo hace breves instantes, en relacion con la inmensidad del tiempo, que tu nombre ha sido borrado del libro talonario de la humanidad, y ya hace competencia al de los mas elevados padres de la inteligencia, y al de los mas entendidos y felices médicos de la economía moral del mundo; cuando la generacion presente te haya seguido, aunque nó toda, al mismo sitio, y pueda el severo crítico y el verídico historiador, sin temor de ver molestados sus oídos por las quejas de los unos y las imprecaciones de los otros, escribir imparcialmente tu historia y retratar fielmente tus dos fisonomías, entonces, desengañémonos, su nombre se verá unido al de Pedro y Leon X, se entonarán como sublimes melodías, las sacras alocuciones que el Homero de la Cristianidad ha dirigido constantemente al mundo de sus fieles; entonces el Cervantes de nuestro siglo que como el inmortal manco supo poner de manifiesto, ridiculizar en su Syllabus, los tiempos en que viviera, ocupará distinguido puesto en la Academia de los reformadores; entonces el Licurgo de nuestra moderna edad, verá confundido su nombre con el de los sábios jurisconsultos de nuestra sociedad; entonces el Hipócrates y el Esculapio moderno de nuestras almas, verá parafrasear sus glorias médicas por libros y tribunas, por pensadores y ángeles; entonces el hijo de Sinagaglia será algo mas que Pio IX, porque será el santo, el grande, el esforzado, el heróico, el magestuoso, el mártir,

el maguífico, el sencillo, el..... Cristo del siglo decimonono, el profeta de veinte siglos, el teólogo que en un momento concibiera lo que necesita siglos de maduro y concienzudo exámen.

Concluyo con harto sentimiento, pues el tiempo apremia, uniendo mi voz debilitada por la emosion, el sentimiento y el entusiasmo, a la de los que gritan con infatigable vigor:

¡Viva! ¡Viva Pio IX!!!

SYLLABUS.

ERRORES DE NUESTRO SIGLO CONDENADOS POR PIO IX EN ALOCUCIONES CONSISTORIALES Y OTRAS LETRAS APOSTÓLICAS.

I. No existe ningún Sér divino, supremo, sapientísimo, distinto de este universo, y Dios no es más que la naturaleza misma de las cosas, sujeto, á mudanzas, y Dios realmente se hace en el hombre y en el mundo, y todas las cosas son Dios, y tienen la misma idéntica sustancia que Dios; y Dios es una sola y misma cosa con el mundo, y de aquí que sean tambien una sola y misma cosa el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto.

II. Dios no ejerce ninguna manera de accion sobre los hombres ni sobre el mundo.

III. La razon humana es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, con absoluta independencia de Dios; es la ley de sí misma, y le bastan sus solas fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos.

IV. Todas las verdades religiosas dimanar de la fuerza nativa de la razon humana; por donde la razon es la norma primera, por medio de la cual puede y debe el hombre alcanzar todas las verdades, de cualquier especie que estas sean.

V. La revelacion divina es imperfecta, y está por consiguiente sujeta á un progreso continuo é indefinido, correspondiente al progreso de la razon humana.

VI. La fé de Cristo se opone á la humana razon; y la revelacion divina, no solamente no aprovecha nada, pero tambien daña á la perfeccion del hombre.

VII. Las profecias y los milagros expuestos y narrados en la Sagrada Escritura son ficciones poéticas, y los misterios de la fé cristiana resultado de investigaciones filosóficas; y en los libros del antiguo y del nuevo Testamento se encierran mitos; y el mismo Jesucristo es una invencion de esta especie.

VIII. Equiparándose la razon humana á la misma Religion, síguese que las ciencias teológicas deben ser tratadas exactamente lo mismo que las filosóficas.

IX. Todos los dogmas de la Religion cristiana, sin distincion alguna, son objeto del saber natural, ó sea de la filosofía; y la razon humana, históricamente sólo cultivada, puede llegar con sus solas fuerzas y principios á la verdadera ciencia de todos los dogmas, aun los más reconditos, con tal que hayan sido propuestos á la misma razon.

X. Siendo una cosa el filósofo y otra cosa distinta la filosofia, aquel tiene el derecho y la obligacion de someterse á la autoridad que él mismo ha probado ser la verdadera; pero la filosofia no puede ni debe someterse á ninguna autoridad.

XI. La Iglesia no sólo no debe corregir jamás á la filosofia, pero tambien debe tolerar sus errores y dejar que ella se corrija á sí propia.

XII. Los decretos de la Sede Apostólica y de las Congregaciones romanas impiden el libre progreso de la ciencia.

XIII. El método y los principios con que los antiguos doctores escolásticos cultivaron la teología, no están de ningún modo en armonía con las necesidades de nuestros tiempos, ni con el progreso de las ciencias.

XIV. La filosofía debe tratarse sin mirar á la sobrenatural revelación.

XV. Todo hombre es libre para abrazar y profesar la Religión que guiado de la luz de la razón juzgare por verdadera.

XVI. En el culto de cualquiera Religión pueden los hombres hallar el camino de la salud eterna y conseguir la eterna salvación.

XVII. Es bien por lo menos esperar la eterna salvación de todos aquellos que no están en la verdadera Iglesia de Cristo.

XVIII. El protestantismo no es más que una forma diversa de la misma verdadera Religión cristiana, en la cual, lo mismo que en la Iglesia, es posible agradar á Dios.

XIX. La Iglesia no es una verdadera y perfecta sociedad, completamente libre, ni está provista de sus propios y constantes derechos que le confirió su divino fundador, antes bien, corresponde á la potestad civil definir cuáles sean los derechos de la Iglesia y los límites dentro de los cuales pueda ejercitarlos.

XX. La potestad eclesiástica no debe ejercer su autoridad sin la vención y consentimiento del Gobierno civil.

XXI. La Iglesia carece de la potestad de definir dogmáticamente que la Religión de la Iglesia católica sea únicamente la verdadera Religión.

XXII. La obligación de los maestros y de los escritores católicos se refiere solo á aquellas materias que por el juicio infalible de la Iglesia son propuestas á todos como dogma de fe para que todos las crean.

XXIII. Los romanos Pontífices y los Concilios Euménicos se salieron de los límites de su potestad, usurparon los derechos de los príncipes, y aun erraron también en definir las cosas tocante á la fe y á las costumbres.

XXIV. La Iglesia no tiene la potestad de emplear la fuerza, ni potestad ninguna temporal directa ni indirecta.

XXV. Fuera de la potestad inherente al Episcopado, hay otra temporal, concedida á los Obispos expresa ó tácitamente por el poder civil, el cual puede por consiguiente, revocarla cuando sea de su agrado.

XXVI. La Iglesia no tiene derecho nativo legítimo de adquirir y poseer.

XXVII. Los sagrados ministros de la Iglesia y el romano Pontífice deben ser enteramente excluidos de todo cuidado y dominio de cosas temporales.

XXVIII. No es lícito á los Obispos, sin licencia del Gobierno, ni siquiera promulgar las Letras Apostólicas.

XXIX. Deben ser tenidas por irritas las gracias otorgadas por el Romano Pontífice cuando no han sido impetradas por medio del Gobierno.

XXX. La inmunidad de la Iglesia y de las personas eclesiásticas trae su origen del derecho civil.

XXXI. El fuero eclesiástico en las causas temporales de los Clérigos, ahora sean estas civiles, ahora criminales, debe ser completamente abolido, aun sin necesidad de consultar á la Sede Apostólica, y á pesar de sus reclamaciones.

XXXII. La inmunidad personal en virtud de la cual los Clérigos

están libres de quintas y de los ejercicios de la milicia, puede ser abrogada sin violar en ninguna manera el derecho natural ni la equidad; antes el progreso civil reclama esta abrogacion, singularmente en las sociedades constituidas segun la forma de mas libre gobierno.

XXXIII. No pertenece únicamente á la potestad de jurisdiccion eclesiástica dirigir en virtud de un derecho propio y nativo la enseñanza de la teología.

XXXIV. La doctrina de los que comparan al Romano Pontífice á un príncipe libre que ejercita su accion en toda la Iglesia, es doctrina que prevaleció en la Edad Media.

XXXV. Nada impide que por sentencia de algun Concilio general, ó por obra de todos los pueblos, el Sumo Pontificado sea trasladado del Obispo romano y de Roma á otro Obispo y á otra ciudad.

XXXVI. La definicion de un Concilio nacional no puede someterse á ningun exámen, y la administracion civil puede tomarla como norma irreformable de su conducta.

XXXVII. Puede ser instituidas Iglesias nacionales, no sujetas á la autoridad del Romano Pontífice, y enteramente separadas.

XXXVIII. La conducta escesivamente arbitraria de los romanos Pontífices contribuyó á la division de la Iglesia en oriental y occidental.

XXXIX. El Estado, como origen y fuente de todos los derechos, goza de cierto derecho completamente ilimitado.

XL. La doctrina de la Iglesia católica es contraria al bien y á los intereses de la sociedad humana.

XLI. Corresponde á la potestad civil, aunque la ejercite un señor infiel, la potestad indirecta negativa sobre las cosas sagradas; y de aquí, no solo el derecho que dicen del *Exequatur*, sino el derecho que llaman de apelacion *ab abusu*.

XLII. En caso de colision entre las leyes de una y otra potestad debe prevalecer el derecho civil.

XLIII. La potestad secular tiene el derecho de rescindir, declarar nulos y anular sin consentimiento de la Sede Apostólica, y aun contra sus mismas reclamaciones, los tratados solemnes (por nombre *Concordatos*) concluidos con la Sede Apostólica, en órden al uso de los derechos concernientes á la inmunidad eclesiástica.

XLIV. La autoridad civil puede inmiscuirse en las cosas que tocan á la Religion, costumbres y régimen espiritual; y así puede juzgar de las instrucciones que los Pastores de la Iglesia suelen dar para dirigir las conciencias, segun lo pide su mismo cargo, y puede así mismo hacer reglamentos para la administracion de los Sacramentos y sobre las disposiciones necesarias para recibirlos.

XLV. Todo el régimen de las escuelas públicas, en donde se forma la juventud de algun Estado cristiano, á excepcion en algunos puntos de los Seminarios episcopales, puede y debe ser de la atribucion de la autoridad civil; y de tal manera puede y debe ser de ella, que en ninguna otra autoridad se reconozca el derecho de inmiscuirse en la diciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colocacion de los grados, ni en la eleccion y aprobacion de los maestros.

XLVI. Aun en los mismos Seminarios del Clero depende de la autoridad civil el órden de los estudios.

XLVII. La óptima constitucion de la sociedad civil exige que las escuelas populares, concurridas de los niños de cualquiera clase del pueblo, y en general los institutos públicos destinados á la enseñanza de las letras y á otros estudios superiores, y á la educacion de la juventud, estén exen-

tos de toda autoridad, accion moderadora é ingerencia de la Iglesia, y que se sometan al pleno arbitrio de la autoridad civil y política, al gusto de los gobernantes, y segun la norma de las opiniones corrientes del siglo.

XLVIII. Los católicos pueden aprobar aquellas formas de educar á la juventud, que esté separada, de la fe católica y de la potestad de la Iglesia; y mire solamente á la ciencia las cosas naturales, y de un modo exclusivo, ó por lo menos primario, los fines de la vida civil y terrena.

XLIX. La autoridad civil puede impedir á los Obispos y á los pueblos fieles la libre y mútua comunicacion con el Romano Pontífice.

L. La autoridad secular tiene por sí el derecho de presentar los Obispos, y puede exigirles que comiencen á administrar la diócesis antes que reciban de la Santa Sede la institucion canónica y las Letras Apostólicas.

LI. Más aún, el Gobierno laical tiene el derecho de deponer á los Obispos del ejercicio del ministerio pastoral, y no está obligado á obedecer al Romano Pontífice en las cosas tocantes á la institucion de los obispados y de los Obispos.

LII. El Gobierno puede, usando de su derecho, variar la edad prescrita por la Iglesia para la profesion religiosa, tanto de las mujeres como de los hombres, é intimar á las comunidades religiosas que no admitan á nadie á los votos solemnes sin su permiso.

LIII. Deben abrogarse las leyes que pertenecen á la defensa del estado de las comunidades religiosas, y de sus derechos y obligaciones; y aún el Gobierno civil puede venir en auxilio de todos los que quieran dejar la manera de vida religiosa que hubiesen comenzado, y romper sus votos solemnes y puede igualmente extinguir completamente las mismas comunidades religiosas, como asimismo las iglesias colegiadas y los beneficios simples, aún los de derecho de patronato, y sujetar y reivindicar sus bienes y rentas á la administracion y arbitrio de la potestad civil.

LIV. Los reyes y los príncipes no solo están exentos de la jurisdiccion de la Iglesia, pero tambien son superiores á la Iglesia en redimir las cuestiones de jurisdiccion.

LV. Es bien que la Iglesia sea separada del Estado, y el Estado de la Iglesia.

LVI. Las leyes de las costumbres no necesitan de la sancion divina, y de ningun modo es preciso que las leyes humanas se conformen con el derecho natural, ó reciban de Dios su fuerza de obligar.

LVII. La ciencia de las cosas filosóficas y de las costumbres puede y debe declinar ó desviarse de la autoridad divina y eclesiástica.

LVIII. El derecho consiste en el hecho material, y todos los deberes de los hombres son un nombre vano, y todos los hechos humanos tienen fuerza de derecho.

LIX. No se deben reconocer más fuerzas que las que están puestas en la materia, y toda disciplina y honestidad de costumbres debe colocarse en acumular y aumentar por cualquier medio las riquezas y en satisfacer las pasiones.

LX. La autoridad no es otra cosa que la suma del número y de las fuerzas materiales.

LXI. La afortunada injusticia del hecho no trae ningun detrimento á la santidad del derecho.

LXII. Es razon proclamar y observar el principio que llaman de *no intervencion*.

LXIII. Negar la obediencia á los principales legítimos, y lo que es más, rebelarse contra ellos, es cosa lícita.

LXIV. Así la violacion de cualquier santísimo juramento, como

cualquiera otra acción criminal é infame, no solamente no es de reprobar, pero tambien es razon reputarla por enteramente lícita, y alabarla sumamente, cuando se hace por amor de la patria.

LXV. No se puede en ninguna manera sufrir se diga que Cristo haya elevado el matrimonio á la dignidad de Sacramento.

LXVI. El Sacramento del matrimonio no es si no una cosa accesoria al contrato y separable de este, y el mismo Sacramento consiste en la sola bendición nupcial.

LXVII. El vínculo del matrimonio es insoluble por derecho natural, y en varios casos puede sancionarse por la autoridad civil el divorcio propiamente dicho.

LXVIII. La Iglesia no tiene la potestad de introducir impedimentos dirimentes del matrimonio, sino á la autoridad civil compete esta facultad, por la cual deben ser quitados los impedimentos existentes.

LXIX. La Iglesia comenzó en los siglos posteriores á introducir los impedimentos dirimentes, no por derecho propio, sino usando el que habia recibido de la potestad civil.

LXX. Los Cánones tridentinos en que se impone excomunion á los que se atrevan á negar á la Iglesia la facultad de establecer los impedimentos dirimentes, ó no son dogmáticos ó han de entenderse de esta potestad recibida.

LXXI. La forma del Concilio tridentino no obliga bajo pena de nulidad en aquellos lugares donde la ley civil prescriba otra forma, y quiera que sea válido el matrimonio celebrado en esta nueva forma.

LXXII. Bonifacio VIII fué el primero que aseguró que el voto de castidad emitido en la ordenacion hace nulo el matrimonio.

LXXIII. Por virtud del contrato meramente civil, puede tener lugar entre los cristianos el verdadero matrimonio entre los cristianos es siempre Sacramento, ó que el contrato es nulo si se excluye el Sacramento.

LXXIV. Las causas matrimoniales y los esponsales por su naturaleza pertenecen al fuero civil.

LXXV. En punto á la compatibilidad del reino espiritual con el temporal disputan entre sí los hijos de la cristiana y católica Iglesia.

LXXVI. La abolicion del civil imperio, que la Sede Apostólica posee, ayudaria muchísimo á la libertad y á la prosperidad de la Iglesia.

LXXVII. En esta nuestra edad no conviene ya que la Religion católica sea tenida como la única Religion del Estado, con exclusion de otros cualesquiera cultos.

LXXVIII. De aquí que laudablemente se ha establecido por la ley en algunos países católicos, que á los extranjeros que vayan allí, les sean lícito tener público ejercicio del culto propio de cada uno.

LXXIX. Es sin duda falso que la libertad civil de cualquiera culto, y lo mismo la amplia facultad concedida á todos de manifestar abiertamente y en público cualesquiera opiniones y pensamientos, conduzca á corromper más fácilmente las costumbres y los ánimos, y á propagar la peste del indiferentismo.

LXXX. El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilizacion.

FIN.

